

¿Cómo pude creer tu juramento?
 Juzgué cierta tu fidelidad.
 No pude pensar por un momento
 Que en ti todo era vanidad.

Mas no llores, vive muy deprisa...
 Este mundo a mí me causa horror.
 Sé feliz si puedes con tu Elisa
 Y que ella tenga tu olvidado amor.

Eres rico, Heinrich, eso determina
 Que puedas a mi alma socorrer.
 Da la paz a esta Wilhelmina
 Que en vida no la supo merecer.

—¡Venganza quieres! —dijo él furioso.
 —Heinrich, Heinrich —la voz le susurró.
 La ex esposa abandonó al esposo
 Y espantado él se suicidó.

Ella se salvó pero él no pudo
 Y se perdió para la eternidad.
 Vaga errante como un monstruo mudo
 Y siempre lo atormenta su maldad.

EL CÍRCULO DE TIZA CAUCASIANO¹

(Der kaukasische Kreidekreis)

Colaboradora: R. BERLAU

PERSONAJES

UN CAMPESINO VIEJO, UNA CAMPESINA, UN CAMPESINO JOVEN, UN TRABAJADOR MUY JOVEN: *Delegados del koljós de ganado caprino «Galinsk»*

UN CAMPESINO VIEJO, UNA CAMPESINA, LA AGRÓNOMA, LA JOVEN TRACTORISTA, EL SOLDADO HERIDO y OTROS CAMPESINOS Y CAMPESINAS DEL KOLJÓS: *Miembros del koljós frutícola «Rosa Luxemburgo»*

EL EXPERTO DE LA CAPITAL

EL CANTOR ARKADI CHEIDSE

SUS MÚSICOS

GUEORGUI ABASHVILI, *el Gobernador*

NATELA, *su mujer*

MICHEL, *su hijo*

SHALVA, *el ayudante*

ARSEN KAZBEKI, *el príncipe obeso*

EL MENSAJERO A CABALLO *de la capital*

NIKO MIKADZE y MIJA LOLADZE, *médicos*

SIMON JAJAVA, *soldado*

GRUSHE VAJNADZE, *fregona*

TRES MAESTROS DE OBRAS

CUATRO CAMARERAS: ASYA, MASHA, SULIKA y NINA LA GORDA

NIÑERA

COCINERA

COCINERO

MOZO DE CUADRA

SIRVIENTES *del palacio del Gobernador.*

CORACEROS A CABALLO y SOLDADOS *del Gobernador y del príncipe obeso.*

MENDIGOS y SUPLICANTES

EL PRODUCTOR DE LECHE

DOS DAMAS DISTINGUIDAS

EL POSADERO

EL CRIADO

CABO

SOLDADO «TARUGO»

UNA CAMPESINA y SU MARIDO

TRES COMERCIANTES

LAVRENTI VAJNADZE, *hermano de Grushe*

ANIKO, *su mujer*

SU SIRVIENTE

LA CAMPESINA, *temporalmente suegra de Grushe*

YUSUP, *su hijo*

HERMANO ANASTASIUS, *monje*

INVITADOS DE LA BODA

NIÑOS

AZDAK, *el amanuense del pueblo*

SHAUVA, *policia*

UN FUGITIVO, *el Gran Duque*

EL SOBRINO *del príncipe obeso*

EL MÉDICO

EL INVÁLIDO

EL COJO

EL CHANTAJISTA

LUDOVICA, *la nuera del posadero*

UNA CAMPESINA VIEJA y POBRE

SU CUÑADO IRAKLI, *bandido*

TRES GRANDES PROPIETARIOS

ILO SHUBOLADZE y SANDRO OBIOLADZE, *abogados*

EL MATRIMONIO MUY ANCIANO

1

LA DISPUTA POR EL VALLE

(Entre las ruinas de un pueblo caucasiense destruido están sentados en círculo, bebiendo vino y fumando, MIEMBROS DE DOS KOLJÓSES, en su mayoría mujeres y ancianos, pero también algunos soldados. Entre ellos se encuentra UN EXPERTO de la Comisión Estatal de Reconstrucción de la capital).

UNA CAMPESINA DE LA IZQUIERDA.—(Señalando). Ahí en las colinas detuvimos tres tanques nazis, pero habían destruido ya el manzano.

UN CAMPESINO VIEJO DE LA DERECHA.—¡Nuestra hermosa granja, en ruinas!

UNA TRACTORISTA JOVEN DE LA IZQUIERDA.—Yo le pegué fuego, compañero.

(Pausa).

EL EXPERTO.—Comparecen en Nuja los delegados del koljós de ganado caprino «Galinsk». Por orden de las autoridades, el koljós, al aproximarse los ejércitos de Hitler, llevó sus rebaños más al este. Ahora tiene la intención de volver a instalarse en este valle. Sus delegados han inspeccionado el pueblo y los terrenos, comprobando la existencia de un alto grado de destrucción. (LOS DELEGADOS DE LA DERECHA *asienten con la cabeza*). El vecino koljós frutícola «Rosa Luxemburgo» (*Volviéndose hacia la izquierda*) solicita que los antiguos pastos del koljós «Galinsk», valle de escasa hierba, se dediquen en la reconstrucción a frutales y viñedos. Como experto de la Comisión de Reconstrucción, ruego a los miembros de los dos koljoses que se pongan de acuerdo sobre si el koljós «Galinsk» debe volver aquí o no.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Ante todo, quisiera protestar otra vez por la limitación del tiempo para hablar. Nosotros, los del koljós «Galinsk», hemos caminado tres días y tres noches para llegar hasta aquí, ¡y ahora se nos dice que la discusión no debe durar más de medio día!

UN SOLDADO HERIDO DE LA IZQUIERDA.—Compañero, ya no tenemos tantas aldeas ni tantas manos para trabajar, ni tanto tiempo.

LA JOVEN TRACTORISTA.—Todos los placeres deben racionarse, el tabaco está racionado y el vino y la discusión también.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—(*Suspirando*). ¡Mueran los fascistas! Pero ahora voy a ir al grano y a explicaros por qué queremos recuperar nuestro valle. Hay muchísimas razones, pero empezaré por una de las más sencillas. Nakine Abakidze, saca el queso. (*UNA CAMPESINA de la derecha saca de un gran cesto un queso de cabra gigantesco, envuelto en un paño. Aplausos y risas*). Servíos, compañeros, no os hagáis de rogar.

UN CAMPESINO VIEJO DE LA IZQUIERDA.—(*Receloso*). ¿Eso es para influir en nosotros?

EL VIEJO DE LA DERECHA.—(*Entre risas*). ¿Cómo podría influir en ti, Surab, ladrón de valle? Todo el mundo sabe que te quedarías con el queso y con el valle también. (*Risas*). Lo único que te pido es una respuesta sincera: ¿te gusta ese queso?

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—La respuesta es que sí.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Vaya. (*Con amargura*). Tenía que haberme imaginado que no entiendes nada de quesos.

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—¿Por qué no? Si te lo digo es porque me gusta.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Porque no puede gustarte. Porque no es como era en otros tiempos. ¿Y por qué no? Porque a nuestras cabras no les gusta la hierba nueva como les gustaba la vieja. El queso no es queso porque la hierba no es hierba, eso es lo que pasa. Por favor, que conste en acta.

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—Pues vuestro queso es estupendo.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—No es estupendo, apenas medianejo. Los nuevos pastos no valen nada, digan lo que digan los jóvenes. Yo os digo que allí no se puede vivir. Ni siquiera huele realmente a mañana por las mañanas.

(*Algunos se ríen*).

EL EXPERTO.—No te enfades aunque se ríen; ellos te entienden. Compañeros, ¿por qué se quiere a la tierra que es de uno? Pues por eso, porque el pan sabe mejor, el cielo está más alto, el aire más puro; las voces resuenan más fuerte y el suelo resulta más fácil de andar. ¿No es cierto?

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Este valle nos pertenece de siempre.

EL SOLDADO.—¿Qué quiere decir «de siempre»? A nadie le pertenece nada de siempre. Cuando eras joven, ni siquiera te pertenecías a ti mismo, sino al príncipe Kazbeki.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—De acuerdo con la Ley, el valle es nuestro.

LA JOVEN TRACTORISTA.—En cualquier caso, hay que revisar esas leyes para saber si siguen siendo válidas.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Por supuesto. Pero ¿acaso no importa qué clase de árbol hay junto a la casa donde uno ha nacido? ¿Da lo mismo que

clase de vecinos se tienen? Queremos volver aunque sea para teneros a vosotros, ladrones de valles, junto a nuestro koljós. Y ahora os podéis reír otra vez si queréis.

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—(*Riéndose*). ¿Por qué no escuchas entonces tranquilamente lo que tiene que decir con respecto al valle tu «vecina» Kato Vajtang, nuestra agrónoma?

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—No hemos dicho, ni mucho menos, todo lo que tenemos que decir sobre nuestro valle. Las casas no están todas destruidas, y de la granja quedan al menos los cimientos.

EL EXPERTO.—Tenéis derecho a la ayuda estatal... Tanto aquí como allá, ya lo sabéis.

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—Compañero experto, no se trata de hacer un cambalache. Yo no puedo quitarte la gorra y darte otra diciéndote que es mejor. La otra podrá ser mejor, pero la tuya te gusta más.

LA JOVEN TRACTORISTA.—Un pedazo de tierra no es como una gorra, no en nuestro país, compañera.

EL EXPERTO.—No os peleéis. Es verdad, tenemos que considerar un pedazo de tierra más bien como una herramienta con la que se puede hacer algo útil, pero tenemos que reconocer también que se quiera a un pedazo de tierra determinado. Antes de continuar la discusión, propongo que vosotros, los compañeros del koljós «Galinsk», nos expliquéis qué queréis hacer con el valle en disputa.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—De acuerdo.

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—Sí, dejad que hable Kato.

EL EXPERTO.—¡Compañera agrónoma!

LA AGRÓNOMA DE LA IZQUIERDA.—(*Se levanta; lleva uniforme militar*). Compañeros: el invierno pasado, cuando luchábamos como guerrilleros aquí en las colinas, hablábamos de que, después de echar a los alemanes, podríamos reconstruir nuestras plantaciones de frutales y hacerlas diez veces mayores. Yo tracé el proyecto de una instalación de riego. Por medio de un dique en el lago de la montaña se podrían regar 300 hectáreas de suelo estéril. Nuestro koljós podría cultivar entonces no sólo fruta, sino también viñas. Pero el proyecto sólo compensará si se puede incluir también ese valle disputado del koljós «Galinsk». Aquí tenéis los cálculos. (*Da al EXPERTO un mapa*).

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Escriban en el acta que nuestro koljós tiene la intención de iniciar una nueva cría de caballos.

LA JOVEN TRACTORISTA.—Compañeros, ese proyecto fue hecho en aquellos días y noches en que teníamos que vivir en las montañas, y a menudo no nos quedaban ya balas para nuestros cuatro fusiles. Hasta conseguir un lápiz era difícil.

(*Aplausos por ambas partes*).

EL VIEJO DE LA DERECHA.—¡Nuestro agradecimiento a los compañeros del koljós «Rosa Luxemburgo» y a todos los que defendieron a la patria!

(*Se estrechan las manos y se abrazan unos a otros.*)

LA CAMPESINA DE LA IZQUIERDA.—Nuestra idea era que nuestros soldados—nuestros hombres y vuestros hombres— volvieran a una patria más fértil todavía.

LA JOVEN TRACTORISTA.—Como dijo el poeta Mayakovski, «¡la patria del pueblo soviético debe ser también la patria de la razón!».

(LOS DELEGADOS DE LA DERECHA, salvo EL VIEJO, se han levantado y estudian con EL EXPERTO los planos de la agrónoma. Exclamaciones: —«¡Un salto de 22 metros!».

—«¡Habrán que volar esa roca!».

—«¡En el fondo, sólo hace falta cemento y dinamita!».

—«¡El agua llegará hasta aquí, qué inteligente!»).

UN TRABAJADOR MUY JOVEN DE LA DERECHA.—(Al Viejo de la Izquierda). Regará todos los campos que hay entre las colinas, mira esto, Aleko.

EL VIEJO DE LA DERECHA.—No quiero mirarlo. Ya sabía que el proyecto sería bueno. Pero no dejaré que me pongan una pistola al pecho.

EL SOLDADO.—Sólo quieren ponerte un lápiz al pecho.

(*Risas.*)

EL VIEJO DE LA DERECHA.—(Se levanta, sombrío, y va a mirar los planos). Esos ladrones de valles, por desgracia, saben demasiado bien que en este país no sabemos resistirnos a las máquinas y los proyectos.

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—Aleko Bereshvili: tú eres el peor cuando se trata de nuevos proyectos, es cosa sabida.

EL EXPERTO.—¿Qué pasa con mi acta? ¿Puedo escribir que vuestro koljós apoyará la cesión del viejo valle para ese proyecto?

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—Yo la apoyaré. ¿Y tú, Aleko?

EL VIEJO DE LA DERECHA.—(Por encima de los planos). Pido que se nos dé copia de los planos.

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—Entonces ya podemos sentarnos a comer. Una vez que tenga los planos y pueda discutirlos, la cuestión estará resuelta. Lo conozco. Y lo mismo pasa con el resto de los nuestros.

(LOS DELEGADOS se abrazan otra vez, riendo).

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—¡Viva el koljós «Galinsk», y mucha suerte con vuestra cría de caballos!

LA CAMPESINA DE LA IZQUIERDA.—Compañeros, para honrar a los delegados del koljós «Galinsk» y al experto que nos visitan, se va a representar, con la participación del cantor Arkadi Cheidse, una obra de teatro que tiene que ver con nuestro asunto.

(*Aplausos.* LA JOVEN TRACTORISTA va a buscar al CANTOR).

EL VIEJO DE LA DERECHA.—Compañeros, vuestra obra tiene que ser muy buena: la pagamos con un valle.

LA CAMPESINA DE LA IZQUIERDA.—Arkadi Cheidse se sabe 21.000 versos.

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—Hemos ensayado la obra bajo su dirección. Es muy difícil conseguir que venga. Vosotros, los de la Comisión de Planificación, tendríais que conseguir que viniera al norte con más frecuencia, compañeros.

EL EXPERTO.—La verdad es que nos ocupamos más de los asuntos económicos.

EL VIEJO DE LA IZQUIERDA.—(Sonriendo). Si ponéis orden en el reparto de vides y de tractores, ¿por qué no en el de las canciones?

(Acompañado por LA JOVEN TRACTORISTA, entra en el círculo EL CANTOR Arkadi Cheidse; un hombre robusto y de carácter sencillo. Con él entran MÚSICOS con sus instrumentos. Los artistas son saludados con aplausos).

LA JOVEN TRACTORISTA.—Éste es el camarada experto, Arkadi.

(EL CANTOR se une a la reunión).

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—Para mí es un gran honor conocerlo. Oí hablar de sus canciones ya en la escuela.

EL CANTOR.—Esta vez se trata de una obra con canciones, y casi todo el koljós participa. Hemos traído las antiguas máscaras.

LA CAMPESINA DE LA DERECHA.—¿Es una de esas leyendas antiguas?

EL CANTOR.—Una muy antigua. Se llama «El círculo de tiza» y procede de China. Nosotros la representamos, evidentemente, en una versión modificada. Yura, enseña las máscaras. Compañeros: es para nosotros un honor poder entreteneros después de un debate difícil. Esperamos que encontréis que la voz del antiguo poeta puede resonar también a la sombra de los tractores soviéticos. Es posible que sea un error mezclar vinos distintos, pero la sabiduría antigua y la nueva se mezclan espléndidamente. Bueno, espero que nos daréis de comer a todos antes de que la representación comience. La verdad es que eso ayuda.

VOCES.—Desde luego.

—Venid todos al Círculo.

(*Todos se van a comer alegremente. Mientras salen, EL EXPERTO se vuelve hacia EL CANTOR.*)

EL EXPERTO.—¿Cuánto dura esa historia, Arkadi? Tengo que volver esta misma noche a Tiflis.

EL CANTOR.—(*Despreocupadamente*). En realidad son dos historias. Un par de horas.

EL EXPERTO.—(*Muy confidencialmente*). ¿No podrías acortarla un poco?

EL CANTOR.—No.

2

EL NOBLE NIÑO

(*EL CANTOR, sentado en el suelo delante de sus músicos, con una capa negra de cuero de oveja sobre los hombros, hojea un gastado libreta de hojas sueltas.*)

En los viejos tiempos, en los tiempos sangrientos
Gobernaba en esta ciudad, llamada «La Maldita»
Un gobernador llamado Gueorgui Abashvili.

Era rico como Crespo.

Tenía una mujer hermosa.

Tenía un hijo sano.

Ningún otro gobernador de Georgia tenía

Tantos caballos en su pesebre

Ni tantos mendigos a su puerta

Tantos soldados a su servicio

Ni tantos postulantes en su corte.

¿Cómo podría describirnos a Gueorgui Abashvili?

Disfrutaba de la vida.

Un domingo de Pascua por la mañana

El Gobernador y su familia fueron

A la iglesia.

(*De las arcadas de un palacio brotan MENDIGOS Y SUPLICANTES, llevando en alto niños escuálidos, muletas y peticiones. Detrás de ellos, dos CORACEROS y, luego, con trajes lujosos, LA FAMILIA DEL GOBERNADOR.*)

LOS MENDIGOS y SUPLICANTES.—Piedad, Vuestra Merced, los impuestos son exorbitantes.

—Perdí la pierna en la guerra de Persia, ¿dónde podré conseguir...?

—Mi hermano es inocente, Vuestra Merced, un malentendido...

—¿Se me muere de hambre!

—Os rogamos que libréis a nuestro último hijo del servicio militar.

—Por favor, Vuestra Merced, el inspector de aguas ha sido sobornado.

(*UN CRIADO va recogiendo las peticiones, otro distribuye monedas que va sacando de una bolsa. LOS SOLDADOS hacen retroceder a la multitud, golpeándola con pesados látigos de cuero.*)

UN SOLDADO.—Atrás. Dejad libre la entrada de la iglesia.

(*Detrás de la pareja gobernante y del ayudante llega, desde las arcadas, EL HIJO DEL GOBERNADOR, en un fastuoso cochecito. La muchedumbre se echa otra vez hacia adelante para verlo.*)

EL CANTOR.—(*Mientras LOS SOLDADOS hacen retroceder a la multitud a latigazos*). Por primera vez en aquella Pascua, el pueblo vio al heredero. Dos médicos no se apartaban del Noble Niño, luz de los ojos del Gobernador. (*Gritos de la multitud: —¡El niño! —«No puedo verlo, no empujéis». —«¡Una bendición de Dios, Vuestra Merced!»*). Hasta el poderoso príncipe Kazbeki le mostró su reverencia ante la puerta de la iglesia.

(*UN PRÍNCIPE OBESO se adelanta y saluda a la familia.*)

EL PRÍNCIPE OBESO.—¿Qué día! Cuando ayer por la noche llovió, pensé: será una fiesta triste. Pero esta mañana el cielo está despejado. Me gustan los cielos despejados, Natela Abashvili, un corazón sencillo. Y el pequeño Michel, todo un Gobernador, títiti. (*Hace cosquillas al NIÑO*). Felices Pascuas, pequeño Michel, títiti.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¿Qué le parece, Arsen? Gueorgui se ha decidido por fin a empezar a construir el ala nueva del lado oriental. Todo ese suburbio de chabolas miserables será derribado y sustituido por el jardín.

EL PRÍNCIPE OBESO.—¿Qué buena noticia después de tantas malas. ¿Qué se sabe de la guerra, hermano Gueorgui? (*Ante el gesto de disgusto del GOBERNADOR*). ¿Una retirada estratégica, según he sabido? Bueno, siempre hay esos pequeños reveses. A veces las cosas van mejor y a veces peor. Los azares de la guerra. ¿No tiene mucha importancia, no?

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¿Gueorgui, está tosiendo! ¿Lo has oído? (*Agresivamente, a los dos MÉDICOS, unos hombres majestuosos que están al lado del cochecito*). ¡Está tosiendo!

MÉDICO PRIMERO.—(Al MÉDICO SEGUNDO). ¿Me permite recordarle, Niro Mikadze, que yo era contrario a ese baño tibio? Un pequeño error en la temperatura del agua, Excelencia.

MÉDICO SEGUNDO.—(También muy cortésmente). No me es posible estar de acuerdo con usted, Mija Loladze: la temperatura del agua era la indicada por nuestro querido y grande Mishiko Oboladze. Más bien alguna corriente de aire durante la noche, Excelencia.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Así es como cuidan de él. Parece que tiene fiebre, Gueorgui.

MÉDICO PRIMERO.—(Inclinándose sobre el niño). No hay razón para inquietarse, excelencia. Con el agua del baño un poco más caliente, no volverá a ocurrir.

MÉDICO SEGUNDO.—(Lanzándole una mirada venenosa). No lo olvidaré, mi querido Mija Loladze. No hay razón para preocuparse, Excelencia.

EL PRÍNCIPE OBESO.—¡Ay, ay, ay, ay, ay!, siempre lo digo: si el hígado me da punzadas, 50 palos al médico en la planta de los pies. Y eso sólo porque vivimos en una época blandengue; antes se decía sencillamente: «¡que le corten la cabeza!».

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Vamos a la iglesia, probablemente es sólo el aire que hace aquí.

(El cortejo, compuesto por la familia y la servidumbre, dobla hacia el portal de una iglesia. EL PRÍNCIPE OBESO lo sigue. EL AYUDANTE sale del cortejo y señala al JINETE).

EL GOBERNADOR.—Antes del servicio divino, no, Shalva.

EL AYUDANTE.—(Al JINETE). El Gobernador no desea ser importunado con noticias antes del servicio divino, especialmente si, como supongo, son deprimentes. Di en la cocina que te den algo de comer, amigo.

(El ayudante se incorpora al cortejo, mientras el JINETE se dirige a la puerta del palacio, lanzando una maldición. UN SOLDADO sale del palacio y se queda de pie en la arcada).

EL CANTOR.—La ciudad está en calma.

En la plaza de la iglesia se pavonean las palomas.

Un soldado de la guardia del palacio

Bromea con una fregona

Que sube del río con un hato.

(UNA MUCHACHA va a entrar por el arco, con un manojo de grandes hojas verdes bajo el brazo).

EL SOLDADO.—¿Pero cómo? ¿La señorita no va a la iglesia y se salta el servicio divino?

GRUSHE.—Estaba ya vestida, pero faltaba un ganso para el banquete de Pascua y me pidieron que fuera yo a buscarlo, porque entiendo de gansos.

EL SOLDADO.—¿Un ganso? (Fingiendo desconfianza). Ese ganso tengo que verlo antes. (GRUSHE no le entiende). Hay que andarse con ojo con las mujeres. Primero te dicen «sólo he ido a buscar un ganso», pero luego se trata de algo muy distinto.

GRUSHE.—(Se acerca a él resuelta y le enseña el ganso). Aquí está. Y si esto no es un ganso de quince libras que he engordado con maíz, me comeré las plumas.

EL SOLDADO.—¡Un ganso regio! Se lo comerá el Gobernador mismo. ¿Así que la señorita ha estado otra vez en el río?

GRUSHE.—Sí, en el corral.

EL SOLDADO.—¡Vaya, en el corral, ahí abajo junto al río! ¿No habrá estado un poco más arriba, entre los sauces?

GRUSHE.—Sólo voy a los sauces cuando lavo la ropa.

EL SOLDADO.—(Significativamente). Exacto.

GRUSHE.—¿Exacto qué?

EL SOLDADO.—(Guiñándole un ojo). Exacto eso.

GRUSHE.—¿Por qué no puedo lavar la ropa en los sauces?

EL SOLDADO.—(Riéndose con exageración). «¿Por qué no puedo lavar la ropa en los sauces?». Eso sí que es bueno, muy bueno.

GRUSHE.—No comprendo al señor soldado. ¿Qué es lo que hay de bueno en eso?

EL SOLDADO.—(Astutamente). Si alguno supiera lo que alguno sabe, se quedaría de piedra antes de que el día acabe.

GRUSHE.—No sé qué podría saberse sobre esos sauces.

EL SOLDADO.—¿Y si hubiera enfrente un matorral desde el que se pudiera ver todo? ¡Todo lo que pasa cuando alguien «lava la ropa»!

GRUSHE.—¿Pero qué pasa? ¿Por qué no dice el señor soldado lo que está insinuando y acaba de una vez?

EL SOLDADO.—Pasa algo en lo que se puede ver algo.

GRUSHE.—No se referirá el señor soldado a que un día metí el pie en el agua, porque otra cosa no ha pasado.

EL SOLDADO.—Y más cosas. El pie y más cosas.

GRUSHE.—¿Qué más cosas? Nada más que el pie.

EL SOLDADO.—El pie y un poquito más. (Se ríe con ganas).

GRUSHE.—(Furiosa). Simon Jajava, deberías avergonzarte. Meterte en un matorral y esperar a que una, en un día de calor, meta la pierna en el agua. ¡Y seguramente con algún otro soldado! (Se va corriendo).

EL SOLDADO.—(Le grita). ¡No estaba con nadie!

(Mientras EL CANTOR reanuda su relato, EL SOLDADO corre detrás de GRUSHE).

EL CANTOR.—La ciudad está en calma,

Pero ¿por qué hay gente armada?

El palacio del Gobernador está en paz,

Pero ¿por qué es una fortaleza?

(*Del portal de la izquierda sale, con paso apresurado, EL PRÍNCIPE OBESO. Se detiene y mira a su alrededor. Ante el arco de la derecha aguardan DOS CORACEROS. El príncipe los mira y pasa lentamente por delante de ellos, haciéndoles una señal, luego sale rápidamente. Uno de los coraceros entra por el arco en el palacio; el otro se queda atrás, vigilando. Se oyen al fondo, desde distintos lados, gritos apagados de «¡A vuestros puestos!»: el palacio está rodeado. A lo lejos, campanas de iglesia. Por el portal sale el cortejo, con la familia gobernante detrás, procedente de la iglesia.*)

EL CANTOR.—Y el Gobernador volvió a su palacio

Y la fortaleza era una trampa

Y el ganso estaba desplumado y asado

Y no se comieron ya el ganso

Y el mediodía no fue ya la hora de comer

Y el mediodía fué la hora de morir.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—(*Al pasar*). Es realmente imposible vivir en esta barraca, pero Gueorgui, naturalmente, construye sólo para su pequeño Michel y no para mí. ¡Michel lo es todo, todo para Michel!

EL GOBERNADOR.—¡Ya has oído las «Felices Pascuas» del hermano Kazbeki! Todo eso está muy bien, pero, que yo sepa, en Nuja no llovió ayer noche. ¿Dónde estuvo el hermano Kazbeki?

EL AYUDANTE.—Habrà que averiguarlo.

EL GOBERNADOR.—Sí, enseguida, mañana.

(*El cortejo dobla para entrar por el arco. EL JINETE, que entraba de ba vuelto del palacio, va al encuentro del GOBERNADOR.*)

EL AYUDANTE.—¿No desea Vuestra Excelencia escuchar al jinete de la capital? Ha llegado esta mañana con documentos confidenciales.

EL GOBERNADOR.—(*Siguiendo su camino*). ¡No antes de comer, Shalva!

EL AYUDANTE.—(*Mientras el cortejo desaparece en el palacio y sólo quedan a la puerta DOS CORACEROS de la guardia, al JINETE*). El Gobernador no desea ser importunado, antes de comer, con noticias militares y va a dedicar la tarde a conversar con los distinguidos arquitectos invitados a comer. Aquí están. (*Entran tres señores. Mientras EL JINETE saluda a los ARQUITECTOS*). Señores, Su Excelencia los espera a comer. Va a dedicarles todo su tiempo. ¡A sus nuevos proyectos grandiosos! ¡Vengan deprisa!

UNO DE LOS ARQUITECTOS.—Nos sorprende que Su Excelencia piense en construir a pesar de los inquietantes rumores sobre un giro desfavorable de la guerra en Persia.

(*Se oye ruido en el palacio. Un grito estridente de mujer, voces de mando. EL AYUDANTE, atónito, se dirige hacia el arco. UN CORACERO se adelanta y lo amenaza con la pica.*)

EL AYUDANTE.—¿Pero qué pasa aquí? ¡Aparta esa pica, perro! (*Furibundo, a la guardia del palacio*). ¡Desarmadlo! ¿No veis que se trata de un atentado contra el Gobernador?

(*LOS CORACEROS no obedecen la orden. Miran al ayudante fría e indiferentemente y observan también lo que sucede, sin participar. EL AYUDANTE se abre paso hacia el palacio.*)

UNO DE LOS ARQUITECTOS.—¡Los príncipes! Ayer noche hubo en la capital una reunión de los príncipes, que están contra el Gran Duque y sus Gobernadores. Señores, será mejor que nos esfumemos.

(*Salen deprisa.*)

EL CANTOR.—¡Oh ceguera de los grandes! Caminan como inmortales Altos sobre las espaldas curvadas, seguros De los puños mercenarios, confiando En la violencia, que tanto ha durado ya. Pero mucho tiempo no es la eternidad. ¡Oh cambio de los tiempos! ¡Esperanza del pueblo!

(*Por el portal sale EL GOBERNADOR, encadenado y con el rostro gris, entre dos soldados armados hasta los dientes.*)

¡Hasta nunca, gran señor, camina erguido!

¡Desde el palacio te siguen los ojos de muchos enemigos!

Ya no necesitas arquitectos, te basta un carpintero.

No vas a un nuevo palacio, sino a una pequeña fosa.

¡Mira otra vez a tu alrededor, ciego!

(*EL CAUTIVO mira a su alrededor.*)

¿Te gusta lo que tenías? Entre los maitines y el banquete de Pascua Vas allí de donde no se regresa.

(*Se lo llevan. La guardia del palacio lo sigue. Se oye el toque de alarma de un cuerno. Ruido detrás del arco.*)

Cuando se derrumba la casa de un grande
Mueren muchos pequeños.
Los que no comparten la felicidad de los poderosos
Comparten a menudo su desgracia. El carruaje que se despeña
Arrastra al abismo a los sudorosos animales de tiro.

(Salen corriendo por el arco SIRVIENTES presas del pánico).

LOS SIRVIENTES.—(Sin orden ni concierto). ¡Las cestas del equipaje! ¡Todas al tercer piso! Provisiones para cinco días.

—La señora se ha desmayado.

—Habrà que bajarla, tiene que irse.

—¿Y nosotros?

—A nosotros nos matarán como gallinas, eso es cosa sabida.

—Jesús, María y José, ¿qué va a pasar?

—Dicen que en la ciudad corre ya la sangre.

—Bobadas, sólo han invitado cortésmente al Gobernador a una reunión de los príncipes, todo se arreglará amigablemente, lo sé de buena fuente.

(También los dos MÉDICOS salen precipitadamente al patio).

MÉDICO PRIMERO.—(Tratando de detener al otro). Niko Mikadze, su deber de médico es prestar asistencia a Natela Abashvili.

MÉDICO SEGUNDO.—¿Mi deber? ¡El suyo!

MÉDICO PRIMERO.—¿A quién le toca el niño, Niko Mikadze, a usted o a mí?

MÉDICO SEGUNDO.—¿Cree usted de veras, Mija Loladze, que por ese mocoso me voy a quedar un solo minuto más en una casa apestada? (Llegan a las manos. Sólo se oye: «¡Está faltando a su deber!» y «¡Qué deber ni qué deber!»; luego EL SEGUNDO MÉDICO derriba al PRIMERO).

MÉDICO SEGUNDO.—Váyase al diablo. (Sale).

LOS SIRVIENTES.—Hay tiempo hasta el anochecer, antes no se emborracharán los soldados.

—¿Se sabe si se han amotinado ya?

—La guardia del palacio se ha ido a caballo.

—¿Es que nadie sabe todavía qué ha pasado?

GRUSHE.—Meliva, el pescador, dice que en la capital han visto en el cielo un cometa de cola roja, y eso significa desgracia.

LOS SIRVIENTES.—Parece que ayer se supo en la capital que la guerra de Persia está totalmente perdida.

—Los príncipes han organizado una gran rebelión. Se dice que el Gran Duque ha huido ya. Van a ejecutar a todos los Gobernadores.

—A los pequeños no les harán nada. Mi hermano está en los coraceros.

(Entra el soldado SIMON JAJAVA y busca entre el gentío a GRUSHE).

EL AYUDANTE.—(Aparece en el arco). ¡Todos al tercer patio! ¡Todos a ayudar con el equipaje!

(Aparta a la chusma. SIMON encuentra por fin a GRUSHE).

SIMON.—Ahí estás, Grushe. ¿Qué vas a hacer?

GRUSHE.—Nada. En caso necesario, tengo un hermano que tiene una granja en las montañas. Pero ¿qué será de ti?

SIMON.—De mí nada. (Otra vez solemne). Grushe Vajnadze, tu pregunta sobre mis planes me llena de satisfacción. Me han ordenado acompañar como escolta a la señora Natela Abashvili.

GRUSHE.—¿Pero no se ha amotinado la guardia del palacio?

SIMON.—(Serio). Así es.

GRUSHE.—¿Y no es peligroso acompañar a la señora?

SIMON.—En Tiflis dicen: ¿es peligrosa una cuchillada para el cuchillo?

GRUSHE.—Tú no eres un cuchillo sino un hombre, Simon Jajava. ¿Qué te importa la señora?

SIMON.—La señora no me importa nada, pero me lo han ordenado y por eso me voy.

GRUSHE.—De forma que el señor soldado es un cabeza dura, porque se pone en peligro por nada, absolutamente nada. (Cuando la llaman desde el palacio). He de ir al tercer patio y tengo prisa.

SIMON.—Si hay prisa no debemos pelearnos, porque para una buena pelea hace falta tiempo. ¿Puedo preguntar si la señorita tiene todavía padres?

GRUSHE.—No. Sólo ese hermano.

SIMON.—Como el tiempo apremia... La segunda pregunta sería: ¿Está la señorita sana como un pez en el agua?

GRUSHE.—Tal vez un tirón en el hombro derecho a veces, pero por lo demás fuerte para todo trabajo, nadie se ha quejado aún.

SIMON.—Eso es cosa sabida. Cuando un Domingo de Pascua hace falta alguien que vaya a buscar el ganso, allí está ella. Tercera pregunta: ¿Es paciente la señorita? ¿Se le antojan cerezas en invierno?

GRUSHE.—Impaciente no, pero cuando se hace la guerra sin razón y no llegan noticias, es mala cosa.

SIMON.—Alguna noticia llegará. (Desde el palacio llaman otra vez a GRUSHE). Y, para terminar, la pregunta principal...

GRUSHE.—Simon Jajava, como tengo que ir al tercer patio y corre mucha prisa, la respuesta es ya que «sí».

SIMON.—(Muy desconcertado). Se dice: «Prisa se llama el viento que derriba el andamiaje», pero se dice también: «Los ricos no tienen prisa». Yo soy de...

GRUSHE.—Kutsk...

SIMON.—¿De modo que la señorita se ha informado? Estoy sano, no tengo que cuidar de nadie, gano diez piastras al mes y como habilitado veinte, y le pido de todo corazón su mano.

GRUSHE.—Simon Jajava, a mí me parece bien.

SIMON.—(Se quita una cadena delgada del cuello, de la que cuelga una cruzcita). Esta cruz era de mi madre. Grushe Vajnadze, la cadena es de plata; te ruego que la lleses.

GRUSHE.—Muchas gracias, Simon.

(Él se la cuelga al cuello).

SIMON.—Tengo que enganchar los caballos, la señorita lo comprenderá. Será mejor que la señorita vaya al tercer patio, porque si no, habrá jaleo.

GRUSHE.—Sí, Simon.

(Se quedan indecisos).

SIMON.—Sólo acompañaré a la señora hasta las tropas que han permanecido fieles. Cuando acabe la guerra, volveré. Dos semanas o tres. Espero que a mi prometida no le parezca el tiempo demasiado largo para mi regreso.

GRUSHE.—Simon Jajava, te esperaré.

Vete tranquilo al combate, soldado,

Al sangriento y duro combate

Del que no todos vuelven:

Cuando vuelvas yo estaré aquí.

Te esperaré bajo el olmo verde

Te esperaré bajo el olmo sin hojas

Esperaré hasta que el último vuelva

Y más tarde aún.

Cuando vuelvas del combate

No habrá botas a mi puerta

Ni cabeza a mi lado en la almohada

Y mis labios estarán sin besar.

Cuando tú vuelvas

Podrás decir que todo es igual que antes.

SIMON.—Gracias, Grushe Vajnadze. ¡Y hasta pronto!

(Se inclina profundamente ante ella. Ella se inclina de forma igualmente profunda ante él. Luego se marcha deprisa, sin mirar atrás).

EL AYUDANTE.—(Áspero). Engancha los jamelgos al coche grande, no estés ahí parado, cerdo.

(SIMON JAJAVA se cuadra y sale. Salen por el arco arrastrándose dos criados, profundamente doblados bajo enormes cajas. Detrás sale dando traspiés, sostenida por sus mujeres, NATELA ABASHVILI. Una mujer la sigue con el niño).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—A nadie le preocupa nada. No sé dónde tengo la cabeza. ¿Dónde está Michel? ¡No lo sostengas tan torpemente! ¡Subid las cajas al coche! ¿Se sabe algo del Gobernador, Shalva?

EL AYUDANTE.—(Dice que no con la cabeza). Tiene usted que marcharse enseguida.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¿Se sabe algo de la ciudad?

EL AYUDANTE.—No, hasta ahora todo está tranquilo, pero no hay minuto que perder. Las cajas no caben en el coche. Elija lo que necesite.

(EL AYUDANTE entra rápidamente).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¡Sólo lo más necesario! Deprisa, abrid las cajas, yo os diré lo que hay que llevar. (Colocan las cajas en el suelo y las abren. LA MUJER DEL GOBERNADOR señala unos vestidos de brocado). ¡El verde y, naturalmente, el de la piel! ¿Dónde están los médicos? Otra vez tengo esa horrorosa jaqueca, siempre comienza en las sienes. El de los botoncitos de perlas...

(Entra GRUSHE).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Te lo tomas con calma, ¿eh? Trae enseguida la botella de agua caliente. (GRUSHE sale corriendo y vuelve luego con la botella de agua caliente, y recibe órdenes mudas de LA MUJER DEL GOBERNADOR. La mujer del Gobernador observa a una CAMARERA JOVEN). ¡No desgarres la manga!

LA JOVEN.—Señora, al vestido no le ha pasado nada.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Porque me he dado cuenta. Hace ya tiempo que no te quito la vista de encima. ¡No piensas más que en hacerle ojitos al Ayudante! Te voy a matar, perra. (Le pega).

EL AYUDANTE.—(Vuelve). Le ruego que se apresure, Natela Abashvili. En la ciudad están luchando. (Vuelve a salir).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—(Suelta a la joven). ¡Dios Santo! ¿Creéis que me harán algo a mí? ¿Por qué? (Todos guardan silencio. Ella empieza a revolver en las cajas por sí misma). ¡Buscad la chaquetita de brocado! ¡Ayudad! ¿Qué hace Michel? ¿Duerme?

LA NIÑERA.—Sí, señora.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Entonces, déjalo un momento ahí y tráeme las botitas de tafilete del dormitorio, las necesito para el vestido verde. (LA NIÑERA *deja al niño y sale corriendo*. A LA JOVEN). ¡No te quedes ahí parada, tú! (LA JOVEN *se escapa*). Quédate aquí o haré que te azoten. (Pausa). Hay que ver cómo está guardado todo esto, sin cuidado y sin entendimiento. Si no lo dice una todo... En estos momentos se ve qué clase de sirvientes tiene una. ¡Masha! (Da una orden con un gesto). Devorar sí que sabéis hacerlo, pero de gratitud nada. Lo tendré en cuenta.

EL AYUDANTE.—(Muy excitado). Natela, venga enseguida. El juez del Tribunal Supremo, nuestro Ilo Orbeliani, acaba de ser ahorcado por los tejedores de alfombras sublevados.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¿Por qué? Tengo que llevarme el plateado, costó mil piastras. Y ése de ahí y todas las pieles... ¿Dónde está el de color vino?

EL AYUDANTE.—(Trata de arrancarla de allí). En los suburbios se han producido motines. Tenemos que irnos enseguida. (UN CRIADO *huye*). ¿Dónde está el niño?

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—(Llama a la niñera). ¡Maro! ¡Prepara al niño! ¿Dónde te has metido?

EL AYUDANTE.—(Saliendo). Probablemente tendremos que renunciar al coche y caballo.

(LA MUJER DEL GOBERNADOR *revuelve en los vestidos, arroja algunos al montón de los que hay que llevar, y los quita otra vez. Se oyen ruidos, tambores. El cielo empieza a enrojecer*).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—(Revolviendo desesperada). No puedo encontrar el de color vino. (Encogiéndose de hombros, a LA SEGUNDA MUJER). Coge todo el montón y llévalo al coche. ¿Pero por qué no vuelve Maro? ¿Os habéis vuelto todos locos? Ya me lo decía yo: está debajo de todo.

EL AYUDANTE.—(Volviendo). ¡Deprisa, deprisa!

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—(A LA SEGUNDA MUJER). ¡Corre! ¡Échalos dentro del coche!

EL AYUDANTE.—El coche no viene. Venga, o me iré solo.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¡Maro! ¡Trae al niño! (A LA SEGUNDA MUJER). ¡Búscala, Masha! No, lleva primero los vestidos al coche. ¡Es un disparate, no pienso ir a caballo! (Volviéndose, ve el rojo de los incendios y se queda paralizada). ¡Fuego! (Se precipita afuera; EL AYUDANTE sale detrás. LA SEGUNDA MUJER los sigue, sacudiendo la cabeza, con el montón de vestidos).

(Salen por el arco sirvientes).

LA COCINERA.—Debe de ser la Puerta Oriental la que se quema.

EL COCINERO.—Se han ido. Y sin el coche de las provisiones. ¿Cómo nos vamos nosotros ahora?

UN MOZO DE CUADRA.—Sí, por algún tiempo esta casa va a resultar poco saludable. (A LA TERCERA CAMARERA). Sulika, voy a buscar unas mantas, nos largamos.

LA NIÑERA.—(Saliendo por el arco, con unas botitas). ¡Señora!

UNA MUJER GORDA.—Se ha ido ya.

LA NIÑERA.—¿Y el niño? (Corre hacia el niño, lo coge en brazos). Lo han dejado aquí esas bestias. (Se lo da a GRUSHE). Téngalo un momento. (Mintiendo). Voy a buscar el coche. (Se marcha, siguiendo a LA MUJER DEL GOBERNADOR).

GRUSHE.—¿Qué han hecho con el señor?

EL MOZO DE CUADRA.—(Hace gesto de cortar el cuello a alguien). ¡Fft!

LA MUJER GORDA.—(Al ver el gesto, tiene un ataque). ¡Aydiosaydiosaydiós! ¡Nuestro señor Gueorgui Abashvili! Como una rosa en los maitines, y ahora... Sacadme de aquí. Todos estamos perdidos, moriremos en pecado. Como nuestro señor Gueorgui Abashvili.

LA TERCERA MUJER.—(Tratando de convencerla). Cálmese, Nina. La sacarán de aquí. Usted no ha hecho daño nunca a nadie.

LA MUJER GORDA.—(Mientras se la llevan). ¡Aydiosaydiós, deprisa, deprisa, vámonos todos antes de que vengan, antes de que vengan!

LA TERCERA MUJER.—Nina se lo toma más a pecho que la señora. ¡Hasta el llorar tienen que hacerlo otros por ella! (Descubre al niño que GRUSHE sigue teniendo en brazos). ¡El niño! ¿Qué haces tú con él?

GRUSHE.—Se ha quedado aquí.

LA TERCERA MUJER.—¿Lo ha abandonado? ¡A Michel, al que no debía dar la menor corriente de aire!

(LOS SIRVIENTES se congregan en torno al niño).

GRUSHE.—Se está despertando.

EL MOZO DE CUADRA.—¡Será mejor que lo dejes, oye! No quiero pensar que le pasaría al que encontraran con el niño. Voy a buscar nuestras cosas, esperad. (Entra en el palacio).

LA COCINERA.—Tiene razón. Cuando empiezan, matan familias enteras. Voy a buscar mis trastos.

(Todos se han ido, sólo quedan aún dos mujeres y GRUSHE con el niño en brazos).

LA TERCERA MUJER.—¿No has oído? ¡Tienes que dejarlo!

GRUSHE.—La niñera me lo ha dejado para que se lo tenga un momento.

LA COCINERA.—¡Esa no volverá, simple!

LA TERCERA MUJER.—No te metas en eso.

LA COCINERA.—Andarán más tras él que tras la señora. Es el heredero. Grushe, tú eres una buena mujer, pero ya sabes que no eres una lumbrera. Te lo digo yo, si el niño tuviera la lepra no sería peor. Trata de salvar tu pellejo.

(EL MOZO DE CUADRA *ha vuelto con hatillos que reparte entre las mujeres. Salvo GRUSHE, todos se disponen a partir*).

GRUSHE.—(Terca). No tiene la lepra. Me mira como un ser humano.

LA COCINERA.—Entonces no lo mires. Eres la boba a la que le cargan todo. Si te dicen: vete y trae la ensalada, porque eres la que tiene las piernas más largas, vas corriendo a traerla. Vamos a coger la carreta de bueyes, puedes venir con nosotros si te das prisa. ¡Jesús, debe de estar ardiendo ya todo el barrio!

LA TERCERA MUJER.—¿No has hecho el equipaje? Oye, no queda mucho para que lleguen los coraceros del cuartel.

(*Salen las dos MUJERES y EL MOZO DE CUADRA*).

GRUSHE.—Voy.

(GRUSHE *deja al NIÑO en el suelo, lo mira unos instantes, saca de los baúles que hay por allí prendas de ropa y cubre con ellas al niño, que sigue durmiendo. Luego corre hacia el palacio para buscar sus cosas. Se oye un trote de caballos y gritos de mujeres. Entra EL PRÍNCIPE OBESO con CORACEROS borrachos. Uno de ellos lleva en una pica la cabeza del Gobernador*).

EL PRÍNCIPE OBESO.—¡Aquí, en el centro! (UNO DE LOS SOLDADOS *se sube a los hombros de otro, coge la cabeza y la sostiene, probando, sobre el arco de la puerta*). Eso no es el centro, más a la derecha, así. Lo que quiero que se haga, amigos, hay que hacerlo bien. (Mientras EL SOLDADO, *con martillo y clavos, fija la cabeza por el pelo*). Esta mañana, a la puerta de la iglesia, le dije a Gueorgui Abashvili: «Me gustan los cielos despejados», pero en realidad me gusta más el rayo que cae de un cielo despejado, claro que sí. La lástima es que se hayan llevado al mocosito, lo necesito con urgencia. ¡Buscadlo por toda Georgia! ¡Mil piastras!

(Mientras GRUSHE, *mirando a su alrededor con cautela, llega al portal, salen EL PRÍNCIPE OBESO y los CORACEROS. GRUSHE lleva un hatillo y se dirige hacia el arco. Cuando casi ha llegado, se da la vuelta para ver si EL NIÑO sigue allí. Entonces comienza a cantar el cantor. Ella se queda inmóvil*).

EL CANTOR.—Cuando estaba así entre puerta y portón, oyó

O creyó oír una débil llamada; la llamaba

El niño, no con lloriqueos sino de forma muy clara

O así le pareció: «Mujer —le decía—, ayúdame».

Y continuó, sin lloriqueos sino hablando muy claramente:

«¿Sabes, mujer? Quien no atiende un grito de auxilio

Y pasa, con oídos sordos, nunca más

Oirá la débil llamada del ser amado ni

Al amanecer el mirlo ni el suspiro de contento

Del vendimiador al Ángelus».

Al oír eso

(GRUSHE *da unos pasos hacia EL NIÑO y se inclina sobre él*).

Ella volvió, para mirar

Otra vez al niño. Sólo para quedarse con él

Unos minutos, sólo hasta que otro llegara

Su madre tal vez o quien fuera.

(*Se sienta frente al NIÑO apoyada en las cajas*).

Sólo antes de marcharse,

Porque el peligro era demasiado grande y la ciudad estaba llena

De fuego y desolación.

(*La luz se va debilitando, como si cayera la tarde y la noche.*

GRUSHE *ha ido al palacio y ha traído una lámpara y leche, que da de beber al NIÑO. EL CANTOR, fuerte*).

¡Terrible es la seducción del bien!

(GRUSHE *está sentada ahora, evidentemente para velar al NIÑO durante la noche. Una vez enciende la lamparita para mirarlo, otra lo envuelve mejor en su abrigo de brocado. De cuando en cuando escucha y mira a su alrededor para ver si viene alguien*).

Mucho tiempo se sentó junto al niño

Hasta que llegó el ocaso, hasta que llegó la noche

Hasta que llegó la aurora. Demasiado tiempo estuvo

Demasiado tiempo miró

Su respiración tranquila, sus puñitos.

Al amanecer la tentación fue demasiado grande

Y se levantó, se inclinó y, suspirando, cogió al niño

Y se lo llevó.

(*Ella va haciendo lo que EL CANTOR dice, tal como lo describe*).

Se lo llevó como un botín

Y se escabulló como una ladrona.

3

LA HUIDA A LAS MONTAÑAS DEL NORTE

EL CANTOR.—Cuando Grushe Vajnadze se fue de la ciudad

Por la carretera militar de Georgia
En el camino hacia las montañas del norte
Cantaba una canción y compraba leche.

LOS MÚSICOS.—¿Cómo puede escapar un ser humano

De los perros sanguinarios, de los tramperos?
Iba hacia las montañas desiertas
Iba por la carretera militar de Georgia
Cantaba una canción y compraba leche.

(GRUSHE VAJNADZE camina, llevando EL NIÑO a la espalda en un saco, un hatillo en la mano y un grueso bastón en la otra).

GRUSHE.—(Canta). Cuatro generales

Fueron al Irán.
El primero no luchó
El segundo no venció
Al tercero le sentaba mal el clima
Al cuarto la guerra daba grima.
Cuatro generales
Que no volverán.

Soso Robakidse
Se marchó al Irán.
Luchó como un jabato.
Venció al muy poco rato.
El clima le sentaba bien
Y hacer la guerra también.
Soso Rokabidse
Es mi capitán.

(Aparece una choza de campesinos).

GRUSHE.—(Al NIÑO). Es mediodía, hora de comer. Y ahora nos vamos a quedar impacientes sentaditos en la hierba, hasta que la buena de la Grushe consiga una jarrita de leche. (Sienta al NIÑO en el suelo y llama a la puerta de la cabaña; abre un viejo campesino). ¿Me podría dar una jarrita de leche y quizás un pan de maíz, abuelo?

EL VIEJO.—¿Leche? No tenemos leche. Los señores soldados de la ciudad tienen nuestras cabras. Vete a los señores soldados si quieres leche.

GRUSHE.—Pero una jarrita de leche para un niño tendréis aún, abuelo...

EL VIEJO.—A cambio de un «Dios se lo pague», ¿no?

GRUSHE.—¿Quién habla de «Dios se lo pague»? (Saca su portamonedas). Pagamos como príncipes. ¡La cabeza en las nubes, el trasero en el agua! (EL CAMPESINO va a buscar la leche refunfuñando). ¿Y qué cuesta la jarrita?

EL VIEJO.—Tres piastras. La leche ha subido.

GRUSHE.—¿Tres piastras? ¿Por ese chorrillo de leche? (EL VIEJO, sin decir palabra, le cierra la puerta en las narices). Michel, ¿has oído? ¡Tres piastras! No podemos permitirnoslo. (Vuelve, se sienta y le da al NIÑO el pecho). Tenemos que probar otra vez así. ¡Chupa, chupa, piensa en las tres piastras! No hay nada dentro, pero te crees que mamas y eso ya es algo. (Sacudiendo la cabeza, ve que el niño no chupa ya. Se levanta, vuelve a la puerta y llama otra vez). ¡Abuelo, abre, pagaremos! (En voz baja). ¡Así te parta un rayo! (Cuando EL VIEJO vuelve a abrir). Creía que costaría media piastra, pero el niño tiene que tomar algo. ¿Qué te parece una piastra?

EL VIEJO.—Dos.

GRUSHE.—No cierres otra vez. (Rebusca mucho rato en su bolsita). Aquí hay dos. Pero la leche tiene que bajar, nos espera un largo camino. Es una usura y un pecado.

EL VIEJO.—Matad a los soldados si queréis leche.

GRUSHE.—(Dándole al NIÑO de beber). Es una diversión muy cara. Traga, Michel, que es el salario de media semana. La gente de aquí cree que hemos ganado el dinero con el culo. Michel, Michel, menuda carga me he echado contigo. (Mirando el abrazo de brocado en que está envuelto EL NIÑO). Un abrigo de brocado de mil piastras y ni una piastra para leche. (Mira hacia atrás). Ahí, por ejemplo, está ese coche de fugitivos ricos, tendríamos que subir a él.

(Ante un caravanserrallo. Se ve a GRUSHE, vestida con el manto de brocado, dirigirse a dos personas distinguidas. Lleva al niño en brazos).

GRUSHE.—Ah, sin duda desean las señoras pasar también la noche aquí... ¡Es horrible lo lleno que está todo y sin poder encontrar ningún vehículo! Mi cochero se dio sencillamente la vuelta y he tenido que caminar nada menos que media milla. ¡Descalza! Mis zapatos persas... ¡Ya conocéis los tacones! Pero ¿por qué no atiende nadie aquí?

SEÑORA DE EDAD.—El posadero se hace esperar. Desde que han pasado esas cosas en la capital, no hay educación en el país.

(Sale EL POSADERO, un anciano muy digno, de barba larga, seguido de su criado).

EL POSADERO.—Disculpen a un anciano que las haya hecho esperar, señoras. Mi sobrinito me estaba enseñando un melocotonero en flor, allí, en la ladera, más allá del maizal. Al oeste (*Señala*) el suelo se vuelve más pedregoso, y los campesinos llevan allí sus ovejas. Tendrían que ver las flores del melocotonero, son de un aroma exquisito.

SEÑORA DE EDAD.—Tienen una comarca muy fértil.

EL POSADERO.—Es la bendición de Dios. ¿Están floreciendo los árboles más al sur, señoras? Porque vienen del sur, ¿no?

SEÑORA JOVEN.—Tengo que confesar que no he contemplado con mucha atención el paisaje.

EL POSADERO.—(*Cortésmente*). Comprendo, el polvo. Es recomendable viajar a paso lento por nuestra carretera militar, siempre que no se tenga prisa.

SEÑORA DE EDAD.—Ponte el velo alrededor del cuello, querida. Las brisas del anochecer parecen ser un tanto frescas por aquí.

EL POSADERO.—Vienen del vestisquero de Yanga-Tau, señoras.

GRUSHE.—Sí, tengo miedo de que mi hijo se resfríe.

SEÑORA DE EDAD.—¿Qué caravanserrallo más hermoso! ¿Entramos?

EL POSADERO.—Ah, ¿desean aposento las señoras? El caravanserrallo está lleno, señoras, y los sirvientes se han ido. Estoy desolado, pero no puedo aceptar a nadie más, ni siquiera con recomendación...

SEÑORA JOVEN.—Pero no podemos pasar la noche aquí en la carretera.

SEÑORA DE EDAD.—(*Seca*). ¿Cuánto cuesta?

EL POSADERO.—Señoras, comprenderán ustedes que una casa así en estos tiempos, cuando buscan refugio tantos fugitivos, sin duda muy respetables pero personas poco gratas para las autoridades, tiene que tener especial cuidado. Por eso...

SEÑORA DE EDAD.—Mi querido señor, no somos fugitivas. Vamos a nuestra residencia de verano en las montañas, eso es todo. Nunca se nos ocurriría pedir hospitalidad si... si tanto la necesitáramos.

EL POSADERO.—(*Inclinando la cabeza con aprobación*). Indudablemente no. De lo único que dudo es de que la diminuta habitación de que dispongo resulte del agrado de las señoras. Tengo que cobrar sesenta piastras por persona. ¿Las señoras viajan juntas?

GRUSHE.—Hasta cierto punto. Yo también necesito cobijo.

SEÑORA JOVEN.—¿Sesenta piastras! Es una estafa.

EL POSADERO.—(*Fríamente*). No tengo intención de estafar a nadie, de forma que... (*Se vuelve para irse*).

SEÑORA DE EDAD.—¿Por qué hablar de estafas? Vamos. (*Entra, seguida del CRIADO*).

SEÑORA JOVEN.—(*Desesperada*). ¡Ciento ochenta piastras por una habitación! (*Mirando a GRUSHE*). ¡Pero el niño no! ¿Qué pasará si se pone a llorar?

EL POSADERO.—La habitación cuesta ciento ochenta, para dos o para tres personas.

SEÑORA JOVEN.—(*Cambiando de tono al oírlo, a GRUSHE*). Por otra parte, querida, me resulta imposible dejarla en la calle. Entre, por favor.

(*Entran en el caravanserrallo. Al otro lado del escenario aparece por el fondo EL CRIADO con algo de equipaje. Detrás de él la SEÑORA DE EDAD, y luego la SEGUNDA SEÑORA y GRUSHE con el niño*).

SEÑORA JOVEN.—¡Ciento ochenta piastras! No me había alterado tanto desde que trajeron a casa al pobre Igor.

SEÑORA DE EDAD.—¿Por qué tienes que hablar de Igor?

SEÑORA JOVEN.—En realidad somos cuatro personas, porque el niño también cuenta, ¿no? (*A GRUSHE*). ¿No podría pagar por lo menos la mitad del precio?

GRUSHE.—Imposible. Saben, tuve que partir rápidamente y el ayudante olvidó darme suficiente dinero.

SEÑORA DE EDAD.—¿Tampoco tiene sesenta?

GRUSHE.—Esas las pagaré.

SEÑORA JOVEN.—¿Dónde están las camas?

EL CRIADO.—Camas no hay. Ahí hay mantas y sacos. Tendrán que preparárselas ustedes mismas. Podéis estar contentas de no estar en una fosa como tantas otras. (*Sale*).

SEÑORA JOVEN.—¿Has oído? Voy a hablar con el posadero inmediatamente. Hay que azotar a ese hombre.

SEÑORA DE EDAD.—¿Como a tu marido?

SEÑORA JOVEN.—Eres tan cruel. (*Llora*).

SEÑORA DE EDAD.—¿Cómo vamos a preparar algo que parezca una cama?

GRUSHE.—Yo lo haré. (*Deja al NIÑO en el suelo*). Entre varios resulta más fácil hacer las cosas. Ustedes tienen aún el coche. (*Barriendo el suelo*).

Yo me vi totalmente sorprendida: «Querida Anastasia Katarmovska —me dijo mi marido antes del almuerzo—, échate un rato, ya sabes con qué facilidad tienes jaqueca». (*Trae arrastrando los sacos y hace las camas; LAS SEÑORAS, que han seguido con la vista su trabajo se miran*).

«Gueorgui —le dije al Gobernador— con sesenta invitados no puedo echarme: en los sirvientes no se puede confiar y Michel Gueorguevich no come si no estoy yo». (*A MICHEL*). Ya ves, Michel, todo se ha arreglado, ¡qué te decía yo! (*Ve de pronto que LAS SEÑORAS la miran de una forma extraña y cuchichean*). Bueno, así, por lo menos, no nos acostaremos en el santo suelo. He puesto las mantas dobles.

SEÑORA DE EDAD.—(*Imperiosa*). Es usted muy experta en hacer camas, querida. ¡Enséñeme las manos!

GRUSHE.—(*Asustada*). ¿Qué dice?

SEÑORA JOVEN.—Que nos enseñe las manos.

(GRUSHE les enseña las manos a las señoras).

SEÑORA JOVEN.—(*Triunfante*). ¡Agrietadas! ¡Una sirvienta!

SEÑORA DE EDAD.—(*Va a la puerta y grita*). ¡Criados!

SEÑORA JOVEN.—Te hemos descubierto, bribona. Confiesa qué estabas tramando.

GRUSHE.—(*Confusa*). No estaba tramando nada. Pensé que quizá nos llevarían en el coche un trecho. Por favor, no organicen escándalo, ya me voy.

SEÑORA JOVEN.—(*Mientras la SEÑORA DE EDAD sigue llamando a los criados*). Sí, te vas a ir, pero con la policía. De momento te quedas. ¡No te muevas de ahí!

GRUSHE.—Pero si hasta quería pagar las sesenta piastras, miren. (*Enseña una bolsa*). Miren, las tengo: cuatro de diez y una de cinco, no, también de cinco, y esto hace sesenta. Sólo quiero que el niño viaje en coche, ésa es la verdad.

SEÑORA JOVEN.—¡Ah, querías ir en coche! Ahora lo has dicho.

GRUSHE.—Señora, confieso que soy de origen humilde; por favor, no llamen a la policía. El niño es de alto linaje, miren la ropa, es un fugitivo lo mismo que ustedes.

SEÑORA JOVEN.—De alto linaje, claro. Su padre será un príncipe, ¿no?

GRUSHE.—(*Furiosa, a la SEÑORA DE EDAD*). ¡No grite! ¿Es que no tiene corazón?

SEÑORA JOVEN.—(*A LA DE EDAD*). ¡Ten cuidado, te hará daño, es peligrosa! ¡Socorro! ¡Asesina!

EL CRIADO.—(*Entra*). ¿Qué pasa aquí?

SEÑORA DE EDAD.—Esta mujer se ha introducido aquí, haciéndose pasar por una señora. Probablemente es una ladrona.

SEÑORA JOVEN.—Y una ladrona peligrosa además. Quería dejarnos tiesas. Hay que llamar a la policía. Noto que me está entrando ya la jaqueca, ¡ay, Dios!

EL CRIADO.—De momento, no hay policía. (*A GRUSHE*). Coge tus trastos, hermana, y desaparece.

GRUSHE.—(*Coge rabiosa al NIÑO*). ¡Monstruas! ¡Clavarán vuestras cabezas en la pared!

EL CRIADO.—(*Empujándola afuera*). Cierra el pico. Si no, vendrá el viejo, y ése no se anda con bromas.

(*Mientras a la derecha las señoras comprueban febrilmente si les han robado algo, GRUSHE y EL CRIADO salen por la puerta de la izquierda*).

EL CRIADO.—Antes de confiar en nadie, piénsatelo bien. En el futuro mira bien a las personas antes de confiar en ellas.

GRUSHE.—Pensé que a las de su clase las tratarían más decentemente.

EL CRIADO.—Ni pensarlo. Créeme, nada es más difícil que imitar a un ser holgazán e inútil. Cuando sospechan que sabes limpiarte el culo tú misma o que alguna vez en tu vida has trabajado con las manos, se acabó. Espera un momento y te traeré un pan de maíz y unas manzanas.

GRUSHE.—Prefiero que no. Lo mejor será que me vaya antes de que venga el posadero. Y si camino toda la noche estaré fuera de peligro, creo. (*Se va*).

EL CRIADO.—(*Le grita en voz baja*). En la próxima encrucijada, a la derecha.

(*Ella desaparece*).

EL CANTOR.—Cuando Grushe Vajnadze fue hacia el norte
Fueron tras ella los coraceros del príncipe Kazbeki.

LOS MÚSICOS.—¿Cómo podrá, descalza, escapar de los coraceros?
¿De los perros sanguinarios, de los tramperos?
Hasta de noche le dan caza. Los perseguidores
No conocen la fatiga. Los carniceros
Duermen poco.

(*DOS CORACEROS trotan a pie por la carretera estratégica*).

EL CABO.—Tarugo, nunca llegarás a nada. Por qué, porque no pones interés. El superior lo nota en pequeñeces. Cuando le di lo suyo a la gorda antes de ayer, tu agarraste al marido, como te había mandado, y le diste patadas en la barriga, pero ¿lo hiciste con alegría como un buen recluta o sólo por cumplir? Yo te estaba observando, tarugo. Tú eres aquí como un canuto o una campana que toca, no te ascenderán a nada. (*Siguen un trecho en silencio*). No creas que no me he dado cuenta de cómo, en todo momento, demuestras estar en la oposición. Te prohíbo que cojees. Y lo haces sólo porque vendí los pencos, porque nunca hubiera podido conseguir ese precio. Al cojear me quieres dar a entender que no te gusta caminar a pie, te conozco. No te servirá de nada, sólo te perjudicará. ¡Cantad!

LOS DOS CORACEROS.—(*Cantan*). A la guerra me voy con tristeza
Porque en casa dejé a mi belleza.
Mis amigos guardarán mi honor
Hasta que vuelva de la guerra vencedor.

EL CABO.—¡Más fuerte!

LOS DOS CORACEROS.—Cuando esté en el cementerio reposando
Un puñado de tierra traerá ella llorando.
Y dirá: aquí están los pies que a mí vinieron
Y aquí los brazos que me sostuvieron.

(*Caminan otra vez un trecho en silencio.*)

EL CABO.—Un buen soldado hace las cosas con cuerpo y alma. Se deja hacer pedazos por sus superiores. (*Con los ojos vidriosos, mira cómo su cabo le hace un gesto de aprobación.*) Es suficiente recompensa, no quiere nada más. Pero en tu caso no hay aprobación y, de todas formas, reventarás. Cristo, cómo se puede encontrar con semejantes subordinados al bastardo del Gobernador, me gustaría saberlo.

(*Siguen cantando.*)

EL CANTOR.—Cuando Grushe Vajnadze llegó al río Sirra

La huida le resultó demasiado, y el niño pesado.

LOS MÚSICOS.—En los maizales la aurora rosada

Para los que velan es sólo fría. El tintineo

Alegre de los cacharros de leche en la granja, de donde sale el humo

Suena amenazador para los fugitivos. La que lleva el niño

Siente su carga y poco más.

(*GRUSHE está delante de una granja.*)

GRUSHE.—Ya te has mojado otra vez, y sabes que no tengo pañales. Michel, tenemos que separarnos. Estamos a suficiente distancia de la ciudad. No tendrán tanto interés por ti, que eres una caquita, como para seguirte hasta aquí. La mujer del campesino es amable, y sabe lo mismo que huele a leche. De forma que adiós, Michel, quiero olvidar las patadas que me has dado en la espalda durante toda la noche, para que caminara ligero, y tú olvida la pobre ración, la intención era buena. Me hubiera gustado seguir teniéndote, porque tienes la naricita tan pequeña, pero no puede ser. Te hubiera enseñado tu primera liebre y... a no mojarte más, pero tengo que volver porque también mi amado puede volver pronto, ¿y qué pasará si no me encuentra? Eso no me lo puedes pedir, Michel.

(*Una CAMPESINA gorda lleva una jarra de leche hasta la puerta.*

GRUSHE espera hasta que entre y luego se dirige cautelosamente a la casa. Se desliza hasta la puerta y deja al niño en el suelo, en el umbral. Luego espera, escondida detrás de un árbol, hasta que la mujer del campesino vuelve a salir por la puerta y encuentra el bullo.)

LA CAMPESINA.—¡Santo Dios! ¿Qué hay ahí? ¡Marido!

EL CAMPESINO.—(*Entra.*) ¿Qué pasa? Déjame comer la sopa.

LA CAMPESINA.—(*Al NIÑO.*) ¿Dónde está tu madre? ¿No tienes? Creo que es un chico. Y la ropa es fina, es un niño fino. Sencillamente, lo han dejado ante la puerta, ¡qué tiempos!

EL CAMPESINO.—Si se creen que le vamos a dar de comer, se equivocan. Se lo llevas al párroco del pueblo y se acabó.

LA CAMPESINA.—¿Y qué va a hacer el párroco con él? Lo que necesita es una madre. Vaya, se está despertando. ¿Crees de veras que no podríamos quedárnoslo?

EL CAMPESINO.—(*Gritando.*) ¡No!

LA CAMPESINA.—Si lo pongo en el rincón junto a la butaca, sólo necesitaré un cestón, y me lo podré llevar conmigo al campo. ¿No ves cómo se ríe? Hombre, tenemos un techo sobre nuestras cabezas y podemos hacerlo, que no se hable más.

(*Se lo lleva adentro y EL CAMPESINO la sigue, protestando.*

GRUSHE sale de detrás del árbol, se ríe y se apresura a marcharse en dirección contraria.)

EL CANTOR.—¿Por qué estás alegre, repatriada?

LOS MÚSICOS.—Porque el desvalido ha encontrado

Nuevos padres estoy contenta.

Porque me he deshecho del niño, me alegro.

EL CANTOR.—¿Y por qué estás triste?

LOS MÚSICOS.—Porque me voy libre y soltera estoy triste

Como si me hubieran robado

Como si me hubiera empobrecido.

(*Ha recorrido sólo un pequeño trecho, cuando se encuentra a los dos CORACEROS, que la amenazan con sus picas.*)

EL CABO.—Moza, estás ante las Fuerzas Armadas. ¿De dónde vienes? ¿Tienes relaciones prohibidas con el enemigo? ¿Dónde está? ¿Qué movimientos realiza a tus espaldas? ¿Qué pasa con las colinas, qué pasa con los valles, qué tal se sujetan las medias?

(*GRUSHE se queda asustada.*)

GRUSHE.—Las tienen bien sujetas, será mejor que os retiréis.

EL CABO.—Yo siempre hago retiradas, para eso se puede confiar en mí.

¿Por qué miras así la pica? «El soldado en campaña no debe dejar su pica ni un momento», ése es el reglamento, apréndetelo de memoria, tarugo. Así pues, doncella, ¿adónde vas?

GRUSHE.—A ver a mi prometido, señor soldado, un tal Simon Jajava, de la guardia del palacio en Nuja. Y si le escribo os romperé todos los huesos.

EL CABO.—Simon Jajava, claro, lo conozco. Me dio una llave para que, de cuando en cuando, velara por ti. Tarugo, no nos quieren. Tenemos

que demostrar que nuestras intenciones son honestas. Doncella, soy una persona seria que se esconde bajo bromas aparentes, y por eso te lo digo de modo oficial: quiero tener un hijo contigo.

(GRUSHE lanza un grito).

EL CABO.—Tarugo, nos ha comprendido. Bueno, ¿ha sido un susto agradable? «Antes tengo que sacar los fideos del horno, señor oficial. ¡Antes tengo que cambiarme la camisa rota, señor coronel!». Bromas aparte, bromas aparte, doncella: estamos buscando a un niño determinado en esta comarca. ¿Has oído hablar de un niño así, que vino a parar aquí desde la ciudad, un niño fino y envuelto en finos pañales?

GRUSHE.—No, no he oído nada.

EL CANTOR.—¡Corred amigos, los asesinos llegan!

¡Ayudad a los desvalidos, desvalidos! Y entonces corrió.

(Se da la vuelta súbitamente y corre hacia el fondo, presa del miedo. LOS CORACEROS se miran y la siguen maldiciendo).

LOS MÚSICOS.—En los tiempos sangrientos
Viven seres amables.

(En la casa de los campesinos, LA CAMPESINA gorda está inclinada sobre el cesto del niño cuando GRUSHE VAJNADZE entra precipitadamente).

GRUSHE.—Escóndelo deprisa. Llegan los coraceros. Yo lo dejé ante tu puerta, pero no es mío, es de gente distinguida.

LA CAMPESINA.—¿Quién viene? ¿Qué coraceros?

GRUSHE.—No hagas tantas preguntas. Los coraceros que lo buscan.

LA CAMPESINA.—En mi casa no se les ha perdido nada. Pero contigo, me parece, tengo que hablar unas palabritas.

GRUSHE.—Quítale esa ropa elegante, eso nos traiciona.

LA CAMPESINA.—Qué ropa ni qué ropa, en esta casa mando yo, y tú no vayas a vomitar en mi salón, pero ¿por qué lo has abandonado? Eso es pecado.

GRUSHE.—(Mirando afuera). Enseguida aparecerán entre los árboles. No hubiera debido escaparme, eso los habrá irritado. ¿Qué puedo hacer ahora?

LA CAMPESINA.—(Mira también afuera y se sobresalta mucho de pronto). ¡Jesús, María y José, los coraceros!

GRUSHE.—Están buscando al niño.

LA CAMPESINA.—¿Y si entran?

GRUSHE.—No se lo des. Les dices que es tuyo.

LA CAMPESINA.—Sí...

GRUSHE.—Si se lo das, lo atravesarán con sus picas.

LA CAMPESINA.—Pero ¿y si me obligan? Tengo en casa el dinero de la cosecha.

GRUSHE.—Si se lo das, lo atravesarán con sus picas, aquí, en tu salón. Tienes que decirles que es tuyo.

LA CAMPESINA.—Sí... ¿Y si no se lo creen?

GRUSHE.—Si se lo dices con firmeza...

LA CAMPESINA.—Nos quemarán el techo que tenemos sobre nuestras cabezas.

GRUSHE.—Por eso tienes que decirles que es tuyo. Se llama Michel. Eso no hubiera debido decírtelo.

(LA CAMPESINA asiente).

GRUSHE.—No digas que sí con la cabeza. Y no tiembles, que se darán cuenta.

LA CAMPESINA.—Sí...

GRUSHE.—Basta de «síes», no los soporto más. (La sacude). ¿No tienes un hijo tú?

LA CAMPESINA.—(En un murmullo). En la guerra.

GRUSHE.—Pues entonces a lo mejor es ahora coracero. ¿Te gustaría que atravesara al niño? Le echarías un buen rapapolvo. «Deja de hurgar con esa pica en mi salón, ¿para eso te he criado? Y lávate el cuello para hablar con tu madre».

LA CAMPESINA.—Es verdad, no le dejaría hacerlo.

GRUSHE.—Prométeme que les dirás que el niño es tuyo.

LA CAMPESINA.—Sí...

GRUSHE.—Ahí llegan.

(Golpean la puerta. Las mujeres no responden. Entran LOS CORACEROS. LA CAMPESINA hace una profunda reverencia).

EL CABO.—Ahí está. ¿Qué os dije? Olfato. La olí. Tengo que preguntarte algo, moza: ¿por qué huiste de mí? ¿Qué creíste que quería hacer contigo? Me apuesto a que algo inmoral. ¡Confiesa!

GRUSHE.—(Mientras LA CAMPESINA no deja de hacer reverencias). Tenía la leche en el fuego. Y de repente me acordé.

EL CABO.—Pensé que había sido porque creías que te había mirado de una forma deshonesta. Como si estuviera imaginándome algo entre los dos. Una mirada sensual, ¿me entiendes?

GRUSHE.—De eso no me di cuenta.

EL CABO.—Pero hubiera podido ser, ¿no? Tienes que reconocerlo. Yo podría ser muy bien un cerdo. Te voy a ser franco: podría imaginarme

toda clase de cosas si estuviéramos solos. (A LA CAMPESINA). ¿No tienes nada que hacer en el patio? ¿Dar de comer a las gallinas?

LA CAMPESINA.—(Se pone de repente de rodillas). Señor soldado, yo no sabía nada. ¡No prendáis fuego al techo que nos cobija!

EL CABO.—¿De qué estás hablando?

LA CAMPESINA.—Yo no tengo nada que ver, señor soldado. Ella lo dejó ante mi puerta, lo juro.

EL CABO.—(Ve al NIÑO y silba). Ajá, ahí hay una cosita en el cesto, tarugo, huelo a mil piastras. Llévate a la vieja fuera y sujétala, me parece que tengo que hacer un interrogatorio.

(La campesina, en silencio, se deja llevar afuera por EL SOLDADO).

EL CABO.—Ahí está el niño que yo hubiera querido tener contigo.

(Se dirige hacia el cesto).

GRUSHE.—Señor oficial, es mío. No es el que buscáis.

EL CABO.—Quiero verlo. (Se inclina sobre el cesto).

(GRUSHE mira a su alrededor desesperada).

GRUSHE.—¡Es mío! ¡Es mío!

EL CABO.—Una ropa muy fina.

(GRUSHE se precipita hacia él para apartarlo. Él la empuja y vuelve a inclinarse sobre el cesto. Ella mira a su alrededor desesperada, ve un grueso leño, lo levanta con desesperación y golpea en la cabeza desde atrás al CABO, que se desploma. Cogiendo rápidamente al niño, corre afuera).

EL CANTOR.—Y huyendo de los coraceros

Tras veintidós días de marcha

Al pie del ventisquero de Yanga-Tau

Grushe Vajnadze adoptó al niño.

LOS MÚSICOS.—La desvalida adoptó al desvalido.

(GRUSHE VAJNADZE se agacha junto a un arroyo semihelado y saca agua con la mano para su hijo).

GRUSHE.—(Canta). Y como nadie te quiere

Tengo que quererte yo

Y a falta de otra persona

Un mal día de un mal año

Tendrás que quererme a mí.

Yo te llevé mucho tiempo
Con los pies ensangrentados
Y la leche era muy cara
Y así aprendí a quererte
(No quiero perderte ya).

Tiraré tu camiseta fina
Y te envolveré en harapos
Te lavaré y te bautizaré
Con el agua del glaciar.
(Y tú tendrás que aguantarlo).

(Le ha quitado al NIÑO la ropa fina y lo ha envuelto en harapos).

EL CANTOR.—Cuando Grushe Vajnadze, perseguida por los coraceros
Llegó al paso del ventisquero, que lleva a los pueblos de la vertiente
oriental

Cantó la canción del puente podrido y arriesgó dos vidas.

(Se ha levantado viento. Contra el ocaso se alza el puente del ventisquero. Como se ha roto una de las cuerdas, el puente cuelga a medias sobre el abismo. Unos COMERCIANTES —dos hombres y una mujer— están indecisos ante el puente cuando GRUSHE llega con el NIÑO. Sin embargo, un hombre está tratando de pescar con una pertega la cuerda que cuelga).

HOMBRE PRIMERO.—Tómalo con calma, joven, porque no podrás cruzar.

GRUSHE.—Es que tengo que llegar con mi pequeño a la vertiente oriental, a casa de mi hermano.

LA COMERCIANTE.—¡Tengo que! ¿Qué quiere decir tengo que? Yo tengo que ir al otro lado porque tengo que comprar dos alfombras en Atum que una mujer tiene que vender porque su marido tuvo que morir, querida. Pero, ¿puedo hacer lo que tengo que hacer, lo puede ella? Andrey lleva ya dos horas tratando de pescar esa cuerda y, cuando la pesque, me pregunto cómo la ataremos.

HOMBRE PRIMERO.—(Escuchando). Silencio, creo que oigo algo.

GRUSHE.—(En voz alta). El puente no está completamente podrido. Creo que podría intentar pasar al otro lado.

LA COMERCIANTE.—Yo no lo intentaría aunque el propio diablo me pisara los talones. Sería un suicidio...

HOMBRE PRIMERO.—(Llama con fuerza). ¡Ahó!

GRUSHE.—¡No grite! (A LA COMERCIANTE). Dile que no grite.

HOMBRE PRIMERO.—Pero es que ahí abajo hay alguien que grita. Quizás hayan perdido el camino.

LA COMERCIANTE.—¿Y por qué no habría de gritar? ¿Te pasa algo raro? ¿Es que te persiguen?

GRUSHE.—Tendré que decíroslo. Me persiguen los coraceros. Le di un golpe a uno.

HOMBRE SEGUNDO.—¡Esconded las mercancías!

(LA COMERCIANTE *esconde un saco tras una roca*).

HOMBRE PRIMERO.—¿Por qué no lo has dicho antes? *(A los otros)*. ¡Si la cogen la harán picadillo!

GRUSHE.—Apartaos, tengo que atravesar el puente.

HOMBRE SEGUNDO.—No puedes hacerlo. El precipicio tiene dos mil pies.

HOMBRE PRIMERO.—Aunque pescáramos la cuerda, no tendría sentido. Podríamos sujetarla con las manos, pero entonces los coraceros podrían pasar del mismo modo.

GRUSHE.—¡Apartaos!

(Gritos a cierta distancia: «¡Eh, los de arriba!»).

LA COMERCIANTE.—Están bastante cerca. Pero no puedes pasar el puente con el niño. Es casi seguro que se romperá. Y mira abajo...

(GRUSHE *mira al abismo. Desde abajo llegan otra vez gritos de LOS CORACEROS*).

HOMBRE SEGUNDO.—Son dos mil pies.

GRUSHE.—Esos hombres son peores.

HOMBRE PRIMERO.—Precisamente por el niño no puedes hacerlo. Arriesga tu vida si te están persiguiendo, pero no la del niño.

HOMBRE SEGUNDO.—Además, con el niño pesará más.

LA COMERCIANTE.—Quizá tenga que pasar realmente. Dámelo, lo esconderé y tú pasarás sola el puente.

GRUSHE.—Eso no quiero. No podemos separarnos. *(Al Niño)*. Juntos o difuntos. *(Canta)*.

Hondo es el abismo, hijo

Frágil el puente.

Pero no elegimos, hijo

Nuestra corriente.

Seguirás el camino

Que te señale

Comerás el pan

Que te regale.

De cuatro bocados

Tú tendrás tres.

Si son o no grandes

Sabrás después.

Voy a intentarlo.

LA COMERCIANTE.—Eso es tentar a Dios.

(Gritos desde abajo).

GRUSHE.—Os ruego que tiréis esa pértiga, porque si no, pescarán la cuerda y me perseguirán.

(Empieza a andar por el oscilante puente. LA COMERCIANTE da un grito cuando el puente parece a punto de romperse. Pero GRUSHE sigue adelante y llega al otro lado).

HOMBRE PRIMERO.—Lo ha logrado.

LA COMERCIANTE.—*(Que se había puesto de rodillas, rezando, enfadada)*. Pero ha pecado.

(Aparecen LOS CORACEROS. EL CABO lleva la cabeza vendada).

EL CABO.—¿Habéis visto a una mujer con un niño?

HOMBRE PRIMERO.—*(Mientras EL SEGUNDO tira la pértiga al abismo)*. Sí. Allí está. Pero el puente no soportará vuestro peso.

EL CABO.—Tarugo, ésta me la pagarás.

(GRUSHE, al otro lado, se ríe y les muestra a los coraceros el niño. Sigue su camino y el puente queda atrás. Viento).

GRUSHE.—*(Mirando a MICHEL)*. Del viento no debes tener miedo, es también un pobre diablo. Tiene que empujar las nubes y es el que más frío pasa. *(Comienza a nevar)*. Y la nieve, Michel, no es lo peor. Sólo tiene que tapar los pequeños pinos, para que no se mueran en invierno. Y ahora te voy a cantar algo, ¡escucha! *(Canta)*.

Tu padre es un bandido

Tu madre una puta.

Se inclinan ante ti

Los hombres más honrados.

El hijo del tigre

Da de comer a los ponis.

La pequeña serpiente

Llevará leche a las madres.

4

EN LAS MONTAÑAS DEL NORTE

EL CANTOR.—La hermana anduvo siete días.

Anduvo por el ventisquero, bajó por las pendientes.

«Cuando entre en casa de mi hermano —pensaba—,

Él me levantará y me estrechará entre sus brazos».

«¿Eres tú, hermana? —me preguntará—.

Hace tanto tiempo que te espero. Ésta es mi querida esposa.

Y ésta es mi granja, que recibí al casarme.

Con once caballos y treinta y una vacas. ¡Pero siéntate!

Siéntate con tu niño a nuestra mesa y come».

La casa del hermano estaba en un valle encantador.

Cuando la hermana llegó, estaba enferma de tanto andar.

Su hermano se levantó de la mesa.

(Una obesa pareja de campesinos que acaba de sentarse a la mesa. LAVRENTI VAJNADZE tiene ya la servilleta al cuello cuando GRUSHE, sostenida por un criado y muy pálida, entra con EL NIÑO).

LAVRENTI VAJNADZE.—¿De dónde vienes, Grushe?

GRUSHE.—*(Débilmente)*. He atravesado el paso de Yanga-Tau, Lavrenti.

EL CRIADO.—La encontré delante del granero. Tiene un niño con ella.

LA CUÑADA.—Vete a cepillar el caballo bayo. *(Sale EL CRIADO)*.

LAVRENTI.—Ésta es mi mujer, Aniko.

LA CUÑADA.—Creíamos que estabas de criada en Nuja.

GRUSHE.—*(Que apenas puede tenerse en pie)*. Sí, allí estaba.

LA CRIADA.—¿No era una buena colocación? Nos dijeron que era una buena colocación.

GRUSHE.—Han matado al Gobernador.

LAVRENTI.—Sí, al parecer ha habido disturbios. Nos lo contó tu tía, ¿te acuerdas, Aniko?

LA CUÑADA.—Aquí está todo muy tranquilo. Los de la ciudad siempre tienen que hacer algo. *(Llama, dirigiéndose a la puerta)*. Soso, Soso, no saques aún las tortas del horno, ¿me oyes? ¿Dónde te has metido? *(Sale sin dejar de llamarlo)*.

LAVRENTI.—*(En voz baja, deprisa)*. ¿Tiene padre? *(Cuando ella niega con la cabeza)*. Me lo había imaginado. Tendremos que inventar algo. Ella muy beata.

LA CUÑADA.—*(Volviendo)*. ¡Qué servicio! *(A GRUSHE)*. ¿De modo que tienes un niño?

GRUSHE.—Es mío. *(Se derrumba. LAVRENTI la sostiene)*.

LA CUÑADA.—Jesús, María y José, tiene alguna enfermedad. ¿Qué vamos a hacer?

(LAVRENTI quiere llevar a GRUSHE al banco del hogar. ANIKO le hace señas espantada, indicándole el saco que hay contra la pared).

LAVRENTI.—*(Lleva a GRUSHE junto a la pared)*. Siéntate. Siéntate. Es sólo debilidad.

LA CUÑADA.—¡Con tal que no sea la escarlatina!

LAVRENTI.—Entonces tendría manchitas. Es la debilidad, tranquilízate,

Aniko. *(A GRUSHE)*. Sentada estás mejor, ¿no?

LA CUÑADA.—¿Es suyo el niño?

GRUSHE.—Mío.

LAVRENTI.—Va a ver a su marido.

LA CUÑADA.—Ah. Se te enfría la carne. *(LAVRENTI se sienta y empieza a comer)*. Fría no te sentará bien, la grasa no debe enfriarse. Tienes el estómago débil, ya sabes. *(A GRUSHE)*. Si tu marido no está en la ciudad, ¿dónde está?

LAVRENTI.—Dice que se casó con un hombre del otro lado de las montañas.

LA CUÑADA.—Ah, del otro lado de las montañas. *(Se sienta también a comer)*.

GRUSHE.—Creo que tengo que acostarme, Lavrenti.

LA CUÑADA.—*(Sigue interrogándola)*. Si es tuberculosis, la cogeremos todos. ¿Tiene una granja tu marido?

GRUSHE.—Es soldado.

LAVRENTI.—Pero tiene una granja de su padre, una pequeña.

LA CUÑADA.—¿No está en la guerra? ¿Y por qué no?

GRUSHE.—*(Cansada)*. Está en la guerra.

LA CUÑADA.—Entonces, ¿para qué quieres ir a la granja?

LAVRENTI.—Cuando él vuelva de la guerra, volverá a su granja.

LA CUÑADA.—¿Pero te quieres ir ahora?

GRUSHE.—Sí, para esperarlo.

LA CUÑADA.—*(Gritando estridentemente)*. ¡Soso, las tortas!

GRUSHE.—*(Murmura febrilmente)*. Una granja. Soldado. Esperar. Siéntate, come.

LA CUÑADA.—Es la escarlatina.

GRUSHE.—*(Sobresaltada)*. Sí, tiene una granja.

LAVRENTI.—Creo que es la debilidad, Aniko. ¿No vas a echar una ojeada a las tortas, querida?

LA CUÑADA.—¿Pero cuándo volverá si, como dicen, ha estallado otra guerra? *(Sale contoneándose sin dejar de llamar)*. Soso, ¿dónde te has metido? ¡Soso!

LAVRENTI.—*(Se pone rápidamente en pie y se dirige hacia GRUSHE)*. Enseguida tendrás una cama en la habitación. Ella es muy buena persona, pero sólo después de comer.

GRUSHE.—(*Tendiéndole al NIÑO*). ¡Cógelo! (*Él lo coge, mirando a su alrededor*).

LAVRENTI.—Pero no podréis quedaros mucho tiempo. Es muy beata, ¿sabes?

(GRUSHE se desploma. Su hermano la sujeta).

EL CANTOR.—La hermana estaba demasiado enferma.

El cobarde hermano tuvo que alojarla.

Pasó el otoño, llegó el invierno.

El invierno fue largo.

El invierno fue corto.

La gente no debía saber nada.

Las ratas no debían morder.

La primavera no debía llegar.

(GRUSHE está en el cuarto de los trastos, ante un telar. Ella y EL NIÑO, que se sienta en el suelo, están envueltos en mantas).

GRUSHE.—(*Cantando mientras teje*). Cuando el amado se disponía a partir
Su prometida corrió hacia él rogándole
Rogándole y llorando, llorando y diciéndole:

Amado, amado mío
Cuando vayas al combate
Y luches contra el enemigo
No te lances en vanguardia
Ni te quedes en retaguardia.
Delante está el fuego rojo
Y detrás el humo rojo.
Quédate en mitad del combate
Quédate junto al abanderado.
Los primeros mueren siempre
Y los últimos caen también.
Los del medio vuelven a casa.

Michel, tenemos que ser astutos. Si nos volvemos pequeñitos como cucarachas, mi cuñada se olvidará de que estamos en casa. Y podremos quedarnos hasta que se derrita la nieve. Y no llores por el frío. Ser pobre y tener frío resulta poco simpático.

(Entra LAVRENTI. Se sienta junto a su hermana).

LAVRENTI.—¿Por qué estás ahí sentada envuelta como un cochero? ¿La que hace demasiado frío en esta habitación?

GRUSHE.—(*Se quita apresuradamente el chal*). No hace frío, Lavrenti.

LAVRENTI.—Si hiciera demasiado frío, no deberías estar aquí con el niño. Aniko se haría reproches. (*Pausa*). Espero que el pope no te haya hecho demasiadas preguntas sobre el niño...

GRUSHE.—Me ha preguntado, pero yo no le he dicho nada.

LAVRENTI.—Eso está bien. Quiero hablar contigo de Aniko. Es muy buena persona, pero muy, muy sensible. Basta con que la gente hable de nada especial sobre la granja para que se alarme. Es tan impresionable, ¿sabes? Una vez, la vaquera tenía en la iglesia un agujero en la media, y desde entonces mi querida Aniko lleva siempre dos pares de medias a la iglesia. Es increíble, pero es su antigua familia. (*Escucha*). ¿Estás segura de que no hay ratas aquí? Porque entonces no podrías quedarte. (*Se oye un ruido como de gotas en el tejado*). ¿Qué es eso que gotea?

GRUSHE.—Debe de ser algún tonel que pierde.

LAVRENTI.—Sí, debe de ser un tonel... Hace ya medio año que estás aquí, ¿no? ¿Qué te decía de Aniko? Naturalmente, no le he contado lo de los coraceros, tiene el corazón débil. Por eso no sabe que no puedes buscar colocación y por eso dijo eso ayer. (*Vuelven a escuchar cómo caen las gotas de la nieve derretida*). ¿Puedes imaginarte que se preocupa por tu soldado? «¿Y si vuelve y no la encuentra?», dice, y se queda despierta. «Antes de la primavera no podrá volver», le digo yo. Es un alma de Dios. (*Las gotas caen más deprisa*). ¿Cuándo crees que vendrá él, qué piensas? (GRUSHE guarda silencio). ¿Piensas también que no antes de la primavera? (GRUSHE guarda silencio). Ya veo que ni tú misma crees ya que volverá. (GRUSHE no dice nada). Pero cuando llegue la primavera y la nieve se funda aquí y en los senderos del paso, no podrás quedarte, porque entonces podrían venir a buscarte, y porque la gente dice que es un hijo natural.

(*El tintineo de las gotas que caen se ha hecho fuerte y constante*).

LAVRENTI.—Grushe, la nieve se está derritiendo en el tejado, y es primavera.

GRUSHE.—Sí.

LAVRENTI.—(*Con vehemencia*). Déjame que te diga lo que vamos a hacer. Necesitas una colocación, dondequiera que vayas, y como tienes un niño (*Suspira*) tienes que tener un marido, para que la gente no murmure. Por eso me he informado con precaución sobre cómo podríamos conseguir un marido para ti. Grushe, he encontrado uno. He hablado con una mujer que tiene un hijo, al otro lado mismo de la montaña, en una pequeña granja, y está de acuerdo.

GRUSHE.—Pero es que yo no puedo casarme con nadie, tengo que esperar a Simon Jajava.

LAVRENTI.—Desde luego. Todo está pensado. No necesitas un hombre en tu cama sino un hombre sobre el papel. Y he encontrado uno así. El

hijo de la campesina con la que me he puesto de acuerdo se está muriendo. ¿No es magnífico? Está dando las boqueadas. Y todo será como habíamos dicho: «¡Un marido del otro lado de las montañas!». Y cuando tú llegues, él exhalará su último suspiro y serás viuda. ¿Qué te parece?

GRUSHE.—Podría necesitar un papel con sellos para Michel.

LAVRENTI.—Un sello lo es todo. Sin un sello, ni siquiera el Shah de Persia podría decir que es el Shah. Y tendrás un refugio.

GRUSHE.—¿Y por qué hace eso la mujer?

LAVRENTI.—Por cuatrocientas piastras.

GRUSHE.—¿Y de dónde las has sacado?

LAVRENTI.—(Contrito). Es el dinero de la leche de Aniko.

GRUSHE.—Allí no nos conocerá nadie... Lo haré.

LAVRENTI.—(Se levanta). Se lo haré saber enseguida a la campesina. (Sale rápidamente).

GRUSHE.—Michel, me causas muchos problemas. He sido para ti como un peral para los gorriones. Y un cristiano se agacha a recoger una corteza de pan para que nada se pierda. Michel, hubiera sido mejor que me hubiera ido rápidamente aquel domingo de Pascua en Nuja. Ahora soy yo la que ha hecho el tonto.

EL CANTOR.—El novio estaba en su lecho de muerte cuando la novia llegó. La madre del novio esperaba ante la puerta y le dijo que se apresurara.

La novia traía un niño, el padrino lo escondió durante la boda.

(Una habitación partida por un tabique: de un lado hay una cama. Detrás del mosquitero yace rígido un hombre muy enfermo. Por el lateral entra corriendo LA SUEGRA, que arrastra de la mano a GRUSHE. Detrás de ellos, LAVRENTI con el niño).

LA SUEGRA.—Deprisa, deprisa, que si no, va a estirar la pata antes del casamiento. (A LAVRENTI). Pero de que ella tuviera un niño no habíamos hablado.

LAVRENTI.—¿Qué importa eso? (Señalando al moribundo). En su estado, le da lo mismo.

LA SUEGRA.—¡A él sí! Pero yo no sobreviviré a la vergüenza. Somos gente honrada. (Empieza a llorar). Mi hijo no necesita casarse con una que tiene ya un niño.

LAVRENTI.—Está bien, añadiré otras doscientas piastras. Que la granja será para ti lo tienes por escrito, pero ella podría vivir aquí dos años.

LA SUEGRA.—(Secándose las lágrimas). Serán apenas los gastos del entierro. Espero que ella me eche realmente una mano. ¿Y dónde está ahora el fraile? Se debe de haber escapado por la ventana de la cocina. Se

nos echará encima todo el pueblo en cuanto se corra la voz de que Yusup está en las últimas. ¡Aydiós! Iré a buscarlo, pero no debe ver al niño.

LAVRENTI.—Me ocuparé de que no lo vea, pero ¿por qué un fraile y no un cura?

LA SUEGRA.—Tanto da. Pero he cometido el error de pagarle la mitad de su tarifa antes de la ceremonia, de modo que es posible que esté en la taberna. Espero que... (Sale).

LAVRENTI.—Se ha ahorrado el cura, la muy miserable, y ha contratado a un monje barato.

GRUSHE.—Mándame aquí a Simon Jajava, si llega aún.

LAVRENTI.—Sí. (Señalando al enfermo). ¿No quieres verlo? (GRUSHE, que ha cogido a MICHEL en brazos, dice que no con la cabeza). No se mueve en absoluto. Ojalá que no hayamos llegado demasiado tarde. (Escucha. Por el otro lado entran vecinos, que miran a su alrededor y se van colocando contra la pared. Empiezan a murmurar oraciones en voz baja. Entra LA SUEGRA con EL FRAILE).

LA SUEGRA.—(Después de mirar a su alrededor con sorpresa y enojo, al FRAILE). Ahí los tenemos. (Hace una reverencia a los invitados). Por favor, tengan paciencia unos minutos. La novia de mi hijo acaba de llegar de la ciudad, y se va a celebrar una boda de urgencia. (Entra con EL FRAILE en el dormitorio). Sabía que lo contarías por todas partes. (A GRUSHE). La ceremonia puede celebrarse enseguida. Aquí están los papeles. Yo y el hermano de la novia... (LAVRENTI trata de ocultarse en segundo plano, después de haberle vuelto a quitar deprisa MICHEL a GRUSHE. LA SUEGRA le hace señas de que se lo lleve). Yo y el hermano de la novia seremos los padrinos.

(GRUSHE hace una reverencia al fraile. Los dos se dirigen hacia la cama. LA SUEGRA descorre el mosquitero. EL FRAILE empieza a recitar en latín el texto litúrgico. Mientras tanto, la suegra hace señas continuamente a LAVRENTI —que, para que el niño no lllore, quiere que vea la ceremonia—, a fin de que se lo lleve. Una vez, GRUSHE mira hacia el niño, y LAVRENTI le hace señas con la manita del NIÑO).

EL FRAILE.—¿Estás dispuesta a ser para tu marido una esposa fiel, obediente y buena, y a permanecer con él hasta que la muerte os separe?

GRUSHE.—(Mirando al niño). Sí.

EL FRAILE.—(Al MORIBUNDO). ¿Y estás dispuesto a ser para tu esposa un esposo bueno y solícito, hasta que la muerte os separe?

(Como EL MORIBUNDO no responde, EL FRAILE repite su pregunta y mira luego a su alrededor).

LA SUEGRA.—Naturalmente que lo está. ¿No has oído que ha dicho que sí?
EL FRAILE.—Está bien, declaramos celebrado el matrimonio, pero ¿qué pasa con la extremaunción?

LA SUEGRA.—De eso nada. El casamiento ha costado ya bastante. Ahora tendré que ocuparme de los invitados al duelo. (A LAVRENTI). ¿Habíamos quedado en setecientas?

LAVRENTI.—Seiscientas. Y no quiero sentarme con los huéspedes ni, mucho menos, conocer a nadie. Que te vaya bien, Grushe, y que sepas que cuando mi hermana viuda venga a visitarme será «bienvenida» por mi mujer, porque si no, me enfadaré. (Sale. Los invitados al duelo lo miran con indiferencia mientras pasa por delante de ellos).

EL FRAILE.—¿Y de quién es este niño, si puede saberse?

LA SUEGRA.—¿Qué niño? Yo no veo ningún niño. Ni tú tampoco. ¿Entendido? Porque, si no, habré visto también muchas cosas que ocurren en la taberna. Ahora ven.

(Se dirigen al salón, después de haber puesto GRUSHE al NIÑO en el suelo, diciéndole que se estuviera quieto. La presentan a los vecinos).

LA SUEGRA.—Esta es mi nuera. Acaba de encontrar al pobre Yúsup todavía con vida.

UNA DE LAS MUJERES.—Lleva ya un año en cama, ¿no? Cuando llamaron a filas a mi Vasili, estuvo en la despedida.

OTRA MUJER.—Eso es terrible para una granja: el maíz maduro y el amo en la cama. Para él será una liberación cuando deje de sufrir. Digo yo.

PRIMERA MUJER.—(Confidencialmente). Y nosotros que creímos al principio que era por el servicio militar por lo que se había metido en cama... Ya me entiende. ¡Y ahora está en las últimas!

LA SUEGRA.—Por favor, sentaos y comed unos pastelitos.

(LA SUEGRA hace seña a GRUSHE, y las dos mujeres se dirigen al dormitorio, en donde recogen del suelo las bandejas de pasteles. Los invitados, entre ellos EL FRAILE, se sientan en el suelo e inician una conversación amortiguada).

UN ALDEANO.—(Al que EL FRAILE ha alargado una botella que se ha sacado del hábito). ¿Dice usted que hay un crío? ¿Dónde puede haberle pasado eso a Yúsup?

TERCERA MUJER.—En cualquier caso, ella ha tenido suerte al haberse casado aún, estando él tan mal.

LA SUEGRA.—Ya están chismorreando, mientras devoran los pasteles del velorio, y si él no se muere hoy, tendré que amasar otra vez mañana.

GRUSHE.—Yo amasaré.

LA SUEGRA.—Cuando ayer noche pasaron los hombres a caballo y yo salí para ver quiénes eran y volví a entrar, estaba ahí como muerto. Por eso os hice llamar. No puede durar mucho. (Escucha).

EL FRAILE.—¡Queridos invitados a la boda y al entierro! Estamos emocionados ante un lecho fúnebre y un lecho nupcial, porque la mujer va a tomar el velo y el hombre el suelo. Porque en el lecho nupcial yace una última voluntad y eso enciende la sensualidad. ¡Qué distintos, amados hermanos, son los destinos de los hombres! Uno muere para tener un techo sobre su cabeza y otro se casa para que su carne se convierta en el polvo de que está hecha, amén.

LA SUEGRA.—(Que ha escuchado). Se está vengando. No hubiera debido alquilar uno tan barato, porque luego se porta como tal. Uno más caro sabe comportarse. En Sura hay uno, que está incluso en olor de santidad, pero naturalmente cuesta una fortuna. Un fraile de cincuenta piastras no tiene dignidad, y devoción sólo por valor de cincuenta piastras y nada más. Cuando fui a buscarlo a la taberna acababa de soltar un discurso y estaba gritando: «¡La guerra ha terminado, guardaos de la paz!». Tenemos que entrar.

GRUSHE.—(Le da a MICHEL un pastel). Cómete este pastel y estate quieto, Michel. Ahora somos personas respetables.

(Llevar las bandejas de pasteles a los huéspedes. EL MORIBUNDO se ha incorporado detrás del mosquitero y saca la cabeza, mirándolas. Luego vuelve a acostarse. EL FRAILE se ha sacado dos botellas del hábito y se las ha alargado al CAMPESINO que se sienta a su lado. Han entrado tres MÚSICOS, a los que EL FRAILE ha saludado con la mano, sonriendo maliciosamente).

LA SUEGRA.—(A LOS MÚSICOS). ¿Qué hacéis aquí con esos instrumentos? LOS MÚSICOS.—Aquí el hermano Anastasius (Señalando al FRAILE) nos dijo que había una boda.

LA SUEGRA.—¿Cómo, me cargas con otros tres? ¿No sabéis que ahí dentro hay un moribundo?

EL FRAILE.—Es un trabajo atractivo para un artista. Podría ser una marcha alegre con sordina o una marcha fúnebre con brío.

LA SUEGRA.—Tocad al menos, porque que comáis no hay quien lo evite.

(LOS MÚSICOS tocan un popurrí. Las mujeres sirven pasteles).

EL FRAILE.—Esa trompeta suena como el berrido de un recién nacido. ¿Y tú qué demonios anuncias, tamborilero?

EL CAMPESINO QUE ESTÁ JUNTO AL FRAILE.—¿Qué os parecería si la novia moviese un poco el esqueleto?

EL FRAILE.—¿El suyo o el otro?

EL CAMPESINO QUE ESTÁ JUNTO AL FRAILE.—(*Canta*).

La señorita Culogordo se casó con un viejo

Y dijo que lo importante era el festejo.

Si quieres consolarte te consuelas

Pero para eso no tienes que casarte

Porque estarás siempre a dos velas.

(LA SUEGRA *expulsa al borracho. Se interrumpe la música. Los invitados están desconcertados. Pausa*).

LOS INVITADOS.—(*En voz alta*). ¿Habéis oído que el Gran Duque ha vuelto?

—Pero si los príncipes están contra él...

—Oh, dicen que el Shah de Persia le ha prestado un gran ejército para que pueda poner orden en Georgia.

—¿Cómo puede ser eso?

—¡El Shah de Persia es enemigo del Gran Duque!

—Pero también es enemigo del desorden.

—En cualquier caso, la guerra ha terminado.

(GRUSHE *deja caer la bandeja*).

UNA MUJER.—(*A GRUSHE*). ¿Te sientes mal? Eso es de la excitación por el pobre Yusup. Siéntate y descansa, querida.

(GRUSHE *sigue de pie, vacilante*).

LOS INVITADOS.—Ahora todo será como antes.

—Sólo que aumentarán los impuestos porque tendremos que pagar la guerra.

GRUSHE.—(*Débilmente*). ¿Quién ha dicho que los soldados han vuelto?

UN HOMBRE.—Yo.

GRUSHE.—No puede ser.

EL HOMBRE.—(*A una mujer*). ¡Enséñale el chal! Se lo compramos a un soldado. Es de Persia.

GRUSHE.—(*Mira el chal*). Han vuelto.

(*Se produce una larga pausa. GRUSHE se arrodilla como para recoger dulces. Sin embargo, se saca de la blusa la cruz de plata con una cadena, la besa y se pone a rezar*).

LA SUEGRA.—(*Al ver que los invitados miran a GRUSHE en silencio*). ¿Qué te pasa? ¿No te vas a ocupar de nuestros invitados? ¿Qué nos importan las bobadas de la ciudad?

LOS INVITADOS.—(*Volviendo a hablar en voz alta, ya que GRUSHE, con la frente contra el suelo, se ha quedado inmóvil*). Se les puede

comprar a los soldados sillas de montar persas, algunos las cambian por muletas.

—Los de arriba sólo pueden ganar la guerra en un bando, pero los soldados la pierden en los dos.

—Por lo menos ha acabado la guerra. Ya es algo que no te llamen al servicio militar. (EL CAMPESINO *del lecho se ha incorporado. Escucha*).

—Lo que necesitamos son dos semanas aún de buen tiempo.

—Nuestros perales no tienen casi peras este año.

LA SUEGRA.—(*Ofreciendo pasteles*). Tomad más pasteles. Sin cumplidos. Hay más.

(LA SUEGRA *entra en la habitación con la bandeja vacía. No ve al enfermo y se inclina hacia una bandeja llena de pasteles que hay en el suelo, cuando él empieza a hablar roncamente*).

YUSUP.—¿Cuántos pasteles vas a meterles aún por el gaznate? ¿Te crees que tengo un ganso que caga monedas de oro? (LA SUEGRA *se vuelve y lo mira espantado. Él asoma por detrás del mosquitero*). ¿Dicen que ha terminado la guerra?

LA PRIMERA MUJER.—(*En la otra habitación, amablemente, a GRUSHE*). ¿Es que la joven tiene alguien en el frente?

EL HOMBRE.—Es una buena noticia saber que vuelven a casa, ¿eh?

YUSUP.—No me mires con esos ojos. ¿Dónde está la mujer que me has encajado como esposa?

(*Como no recibe respuesta, sale del lecho y, tambaleándose, va en camión al otro cuarto, pasando por delante de LA SUEGRA. Ella lo sigue, temblando, con la bandeja de pasteles*).

LOS INVITADOS.—(*Que lo ven*). ¡Jesús, María y José! ¡Yusup!

(*Todos se ponen de pie alarmados y las mujeres se precipitan hacia la puerta. GRUSHE, todavía de rodillas, vuelve la cabeza y se queda mirando al campesino*).

YUSUP.—Un banquete de velatorio, eso es lo que os gustaría. Fuera, antes de que os eche a estacazos. (LOS INVITADOS *salen de la casa a toda prisa. YUSUP, sombrío, a GRUSHE*). Con esto no contabas, ¿eh?

(*Como ella no dice nada, él se da la vuelta y coge un pastelillo de maíz de la bandeja que sostiene LA SUEGRA*).

EL CANTOR.—¡Oh confusión! ¡Una esposa se entera de que tiene marido! De día está el niño. El marido de noche.

Su amado está en camino de noche y de día.
Los dos esposos se observan. La habitación es pequeña.

(EL CAMPESINO *está sentado desnudo en una tina de madera, y LA SUEGRA le está echando agua con una jarra. En la habitación de al lado, GRUSHE está agachada junto a MICHEL, que juega a recordar la estera*).

YUSUP.—¡Este trabajo es suyo y no tuyo! ¿Dónde se ha metido otra vez?

LA SUEGRA.—(Llamando). ¡Grushe! El amo pregunta por ti.

GRUSHE.—(A MICHEL). Ahí hay otros dos agujeros que tienes que recordar aún.

YUSUP.—(Cuando entra GRUSHE). ¡Frótame la espalda!

GRUSHE.—¿No puede frotársela solo el amo?

YUSUP.—«¿No puede frotársela solo el amo?». ¡Coge ese cepillo, maldita sea! ¿Eres mi mujer o una extraña? (A LA SUEGRA). ¡El agua está demasiado fría!

LA SUEGRA.—Voy corriendo a buscar agua caliente.

GRUSHE.—Déjame que vaya yo.

YUSUP.—¡Tú te quedas aquí! (LA SUEGRA *sale corriendo*). ¡Frota más fuerte! Y no te pongas así, que no es la primera vez que ves a un hombre desnudo. Tú niño no habrá caído del cielo...

GRUSHE.—Ese niño no es hijo del placer, si es eso lo que quiere decir el amo.

YUSUP.—(Se vuelve hacia ella con una sonrisa irónica). Pues no tienes mucho aspecto de eso. (GRUSHE *deja de frotarlo y retrocede. Entra LA SUEGRA*). Pues sí que me has encajado un bicho raro, esto es un pavipollo y no una mujer.

LA SUEGRA.—Le falta buena voluntad.

YUSUP.—Echa, pero con cuidado. ¡Ay! Te he dicho que con cuidado. (A GRUSHE). Mucho me extrañaría que no te hubiera pasado algo en la ciudad; si no, ¿por qué estás aquí? Pero de eso no quiero hablar. Ni tampoco digo nada contra el bastardo que me has traído a casa, pero contigo se me está acabando la paciencia. Es algo antinatural. (A LA SUEGRA). ¡Más! (A GRUSHE). Aunque volviera tu soldado, estás casada.

GRUSHE.—Sí.

YUSUP.—Pero tu soldado no volverá, no te hagas ilusiones.

GRUSHE.—No.

YUSUP.—Te ciscas en mí. Eres mi mujer y no lo eres. Cuando te acuestas es como si no se acostara nadie, y sin embargo no puede acostarse otra. Cuando voy a los campos temprano estoy muerto de cansancio, cuando me acuesto por las noches me mantengo despierto como un diablo. Dios te ha dado un sexo y ¿qué haces tú? Mis tierras no dan lo suficiente para que pueda pagarme una mujer en la ciudad, y ade-

más tendría que hacer todo el camino. Una mujer tiene que escardar el campo y abrirse de piernas, eso es lo que dice nuestro calendario.
¿Me oyes?

GRUSHE.—Sí. (En voz baja). No quiero ciscarme en ti.

YUSUP.—¡No quiere ciscarse en mí! ¡Echa! (LA SUEGRA *le echa más agua*). ¡Ay!

EL CANTOR.—Cuando estaba junto al río, lavando la ropa
Veía la imagen de él en el agua, un rostro que palidecía
Al pasar las lunas.

Quando me levantaba para retorcer la ropa

Oía la voz de él desde el sauce susurrante, y su voz era más débil
Con el paso de las lunas.

Subterfugios y suspiros aumentaban, las lágrimas y el sudor corrían.
Con el paso de las lunas creció el niño.

(Junto a un riachuelo está agachada GRUSHE, sumergiendo la ropa en el agua. A cierta distancia hay unos niños. GRUSHE habla con MICHEL).

GRUSHE.—Puedes jugar con él, Michel, pero no dejes que te mangonee porque tú seas más pequeño.

(MICHEL *dice que sí con la cabeza y va hacia el otro niño. Empiezan a jugar*).

EL NIÑO MAYOR.—Vamos a jugar a cortar cabezas. (A un NIÑO GORDO). Tú eres el Príncipe y te ríes. (A MICHEL). Tú eres el Gobernador. (A una CHICA). Tú eres la mujer del Gobernador y lloras cuando le cortan la cabeza. (Enseña su espada de madera). Con ésta. Primero llevan al Gobernador al patio. Delante va el Príncipe y por último la Gobernadora.

(Se forma el cortejo, EL GORDO *va delante, riéndose. Luego van MICHEL y EL NIÑO MAYOR, y luego LA CHICA, que llora*).

MICHEL.—(Se detiene). Yo también cortar cabezas.

EL NIÑO MAYOR.—Eso lo hago yo. Tú eres el más pequeño. Ser Gobernador es lo más fácil. Arrodillarse y dejarse cortar la cabeza es muy sencillo.

MICHEL.—También querer espada.

EL NIÑO MAYOR.—Esta es mía. (Le da una patada).

LA CHICA.—(Grita a GRUSHE). No quiere jugar.

GRUSHE.—(Se ríe). Dicen que hijo de pez sabe nadar.

EL NIÑO MAYOR.—Puedes hacer de Príncipe, si sabes reírte.

(MICHEL *dice que no con la cabeza*).

EL NIÑO GORDO.—Yo soy el que mejor se ríe. Déjale que te corte una vez la cabeza, luego se la cortas a él y luego yo.

(EL NIÑO mayor da a MICHEL de mala gana la espada de madera y se arrodilla. EL GORDO se ha sentado, se da golpes en los muslos y se ríe a mandíbula batiente. LA CHICA llora muy fuerte. MICHEL balancea la gran espada y corta cabezas, cayéndose al hacerlo).

EL NIÑO MAYOR.—¡Ay! ¡Te voy a enseñar a darme de veras!

(MICHEL se escapa y los niños lo persiguen. GRUSHE se ríe mirándolos. Cuando se vuelve, el soldado SIMON JAJAVA está al otro lado del riachuelo. Lleva un uniforme andrajoso).

GRUSHE.—¡Simon!

SIMON.—¿Eres Grushe Vajnazde?

GRUSHE.—¡Simon!

SIMON.—(Ceremonioso). Dios bendiga y dé salud a la señorita.

GRUSHE.—(Se pone de pie contenta y hace una profunda reverencia). Dios bendiga al señor soldado. Y alabado sea porque ha vuelto sano y salvo.

SIMON.—Han encontrado peces mayores y por eso no se me han comido, dijo el bacalao.

GRUSHE.—Valentía, dijo el pinche de cocina; suerte, dijo el héroe.

SIMON.—¿Y cómo están las cosas aquí? ¿Fue soportable el invierno y considerado el vecino?

GRUSHE.—El invierno fue un poco duro y el vecino como siempre, Simon.

SIMON.—¿Y se puede saber si cierta persona sigue teniendo la costumbre de meter los pies en el agua cuando lava la ropa?

GRUSHE.—La respuesta es que no, por culpa de los que miran en los matorrales.

SIMON.—La señorita habla de soldados. Pero aquí está un habilitado.

GRUSHE.—¿No quiere decir eso veinte piastras?

SIMON.—Y el alojamiento.

GRUSHE.—(Con lágrimas en los ojos). Detrás del cuartel, bajo las palmeras.

SIMON.—Allí exactamente. Veo que echaste una ojeada.

GRUSHE.—La eché.

SIMON.—Y que no te has olvidado. (GRUSHE dice que no con la cabeza). Entonces, ¿sigue la puerta en sus goznes, como suele decirse? (GRUSHE lo contempla en silencio y vuelve a decir que no con la cabeza). ¿Qué pasa? ¿Hay algo que no va bien?

GRUSHE.—Simon Jajava, no puedo volver a Nuja. Ha pasado algo.

SIMON.—¿Qué ha pasado?

GRUSHE.—Ha ocurrido que derribé a un coracero.

SIMON.—Grushe Vajnadzde debió de tener sus buenas razones.

GRUSHE.—Simon Jajava, tampoco me llamo como me llamaba antes.

SIMON.—(Tras una pausa). Eso no lo entiendo.

GRUSHE.—¿Cuándo cambian de nombre las mujeres, Simon? Déjame que te explique. No ha pasado nada entre nosotros, todo sigue igual entre nosotros, tienes que creerme.

SIMON.—¿Cómo es que no ha pasado nada entre nosotros y, sin embargo, todo es distinto?

GRUSHE.—¿Cómo voy a explicártelo tan deprisa y con el riachuelo de por medio? ¿No puedes venir por el puente?

SIMON.—Tal vez no haga ya falta.

GRUSHE.—Hace mucha falta. ¡Ven aquí, Simon, deprisa!

SIMON.—¿Quiere decir la señorita que alguien ha llegado demasiado tarde?

(GRUSHE lo mira desesperada, con el rostro lleno de lágrimas.

SIMON mira fijamente ante sí. Ha cogido un trozo de madera y se ha puesto a tallarlo).

EL CANTOR.—Tantas palabras se dicen, tantas palabras se callan.

El soldado ha vuelto. De dónde ha vuelto no lo dice.

Escuchad lo que pensó y no dijo:

La batalla empezó al alba, fue sangrienta al mediodía.

El primero cayó delante, el segundo detrás, el tercero a mi lado.

Al primero lo pisé, al segundo lo dejé, al tercero lo atravesé el capitán. Un hermano mío murió por el hierro, otro hermano murió por el humo.

Fuego salió de mi nuca, mis manos se helaron en los guantes, los dedos de mis pies en las medias.

He comido brotes de arándano, he bebido caldo de arce, he dormido en la piedra, en el agua.

SIMON.—Ahí veo un gorro en la hierba. ¿Es que hay un enanito?

GRUSHE.—Lo hay, Simon, ¿cómo podría escondértelo?

Pero no te preocupes, no es mío.

SIMON.—Dicen que cuando el viento empieza a soplar sopla por todas las grietas. Será mejor que la señora no diga nada más.

(GRUSHE baja la cabeza y no dice más).

EL CANTOR.—Existió la nostalgia, pero no lo esperaron.

Se rompió el juramento. Por qué, no se dijo.

Oíd lo que ella pensó sin decirlo:

Cuando tú luchabas en el combate, soldado,

En el sangriento combate, en el duro combate

Encontré a un niño yo, a un niño indefenso

Que no tuvo corazón para abandonar.

Tuve que ocuparme de quien hubiera perecido

Tuve que inclinarme a recoger del suelo migajas

Tuve que desvivirme por lo que no era mío.
Un extraño.
Alguien tiene que ayudar
Porque el arbolito necesita su agua.
¡La ternera se pierde si el pastor se duerme
Y nadie escucha su vagido!

SIMON.—Devuélveme la cruz que te di. O, mejor, tírala al arroyo. (*Se vuelve para irse*).

GRUSHE.—Simon Jajava, no te vayas, ¡no es mío, no es mío! (*Oye llamar a los niños*). ¿Qué os pasa, niños?

VOCES.—¡Hay soldados!
—¡Se llevan a Michel!

(GRUSHE se queda espantada. Se dirigen a ella DOS CORACEROS, llevando a MICHEL).

UN CORACERO.—¿Eres tú la Grushe? (*Ella dice que sí con la cabeza*). ¿Es tuyo este niño?

GRUSHE.—Sí. (*SIMON se va*). ¡Simon!

EL CORACERO.—Tenemos orden judicial de llevar a la ciudad a ese niño, hallado a tu cuidado, porque se sospecha que sea Michel Abashvili, hijo del Gobernador Gueorgui Abashvili y de su mujer Natela Abashvili. Aquí está el documento con los sellos. (*Se llevan al NIÑO*).

GRUSHE.—(*Corre detrás, gritando*). ¡Dejadlo, por favor, es mío!

EL CANTOR.—Los coraceros se llevan al niño, al querido niño.
La desventurada los siguió a la ciudad, la peligrosa ciudad.
La madre real reclama al niño. La madre adoptiva comparece en juicio.
¿Quién fallará ese caso, a quién se adjudicará el niño?
¿Quién será el juez: un juez bueno, uno malo?
La ciudad ardía. En el tribunal se sentaba Azdak.

5

LA HISTORIA DEL JUEZ

EL CANTOR.—Oíd ahora la historia del juez:
Cómo llegó el juez, cómo dictó fallos, qué clase de juez era.
Aquel Domingo de Pascua de la gran sublevación, cuando fue derrocado el Gran Duque
Y su Gobernador Abashvili, padre de nuestro niño, perdió su cabeza
El amanuense Azdak encontró un fugitivo en el bosque y lo escondió en su cabaña.

AZDAK.—Deja de resoplar, que no eres un caballo. Y con la policía no te va a servir de nada correr como un mono en abril. (*Vuelve a sujetar al FUGITIVO, que ha seguido trotando como si quisiera atravesar la pared de la cabaña*). Siéntate y zampa, ahí tienes un trozo de queso. (*Revuelve entre los andrajos de una caja y saca un queso, que EL FUGITIVO empieza a comerse ávidamente*). ¿Hace tiempo que no jamas? (*EL FUGITIVO gruñe*). ¿Por qué corriste así, tonto del culo? Si el policía no te había visto...

EL FUGITIVO.—Tuve que...

AZDAK.—¿Canguelo? (*EL FUGITIVO lo mira sin comprender*). ¿Cague? ¿Miedo? Hum. ¡No hagas esos ruidos con la boca, como si fueras un Gran Duque o un cerdo! No lo soporto. Sólo a esos apestosos bien nacidos hay que soportarlos como Dios los ha hecho. Pero a ti no. He oído hablar de un magistrado que, mientras comía en el bazar, se tiraba pedos para demostrar su independencia. Viéndote comer me vienen los pensamientos más horribles. ¿Por qué no dices nada? (*Brusco*). ¡Enséñame las manos! ¿No me oyes? Que me enseñes las manos. (*EL FUGITIVO le tiende las manos vacilante*). Blancas. ¡De modo que no eres un mendigo! ¡Una falsificación, una estafa ambulante! Y yo que te escondo como si fueras una persona decente. ¿Por qué corres entonces, si eres un terrateniente? ¡Porque eso es lo que eres, no lo niegues, lo veo en tu rostro culpable! (*Se levanta*). ¡Fuera! (*EL FUGITIVO lo mira inseguro*). ¿A qué esperas, apaleador de campesinos?

EL FUGITIVO.—Me persiguen. Ruego atención exclusiva, formulo propuesta.
AZDAK.—¿Que formulas una propuesta? ¡Es el colmo de la desvergüenza! ¡Formula una propuesta! El mordido se rasca hasta que le sangran los dedos y la sanguijuela formula una propuesta! ¡Fuera he dicho!

EL FUGITIVO.—Comprendo su punto de vista, convicción. Pago cien mil piastras por noche, ¿de acuerdo?

AZDAK.—¿Qué te crees, que puedes comprarme? ¿Por cien mil piastras? Una finca miserable. Pongamos ciento cincuenta mil. ¿Dónde están?

EL FUGITIVO.—Naturalmente, no las llevo encima. Serán enviadas, espero, no desconfiar.

AZDAK.—Desconfiar muchísimo. ¡Fuera!

(*EL FUGITIVO se levanta y trota hacia la puerta. Una voz desde afuera*).

VOZ.—¡Azdak!

(*EL FUGITIVO se da la vuelta, trota hacia el rincón opuesto y se queda quieto*).

AZDAK.—(*Grita*). No estoy para nadie. (*Va hacia la puerta*). ¿Otra vez husmeando por aquí, Shauva?

EL POLICÍA SHAUVA.—(*Fuera, lleno de reproche*). Otra vez has cazado una liebre, Azdak. Me prometiste que no volvería a ocurrir.

AZDAK.—(*Severo*). No hables de lo que no entiendes, Shauva. La liebre es un animal peligroso y dañino que se come las plantas, especialmente las llamadas malas hierbas, y por eso debe ser exterminada.

SHAUVA.—Azdak, no seas tan cruel conmigo. Perderé mi puesto si no actúo contra ti. Ya sé que tienes buen corazón.

AZDAK.—No tengo buen corazón. ¿Cuántas veces tengo que decirte que soy un intelectual?

SHAUVA.—(*Astutamente*). Lo sé, Azdak. Eres un hombre superior, lo dices tú mismo; por eso yo, cristiano e ignorante, te pregunto: si le roban una liebre al Príncipe y yo soy policía, ¿qué debo hacer con el malhechor?

AZDAK.—Shauva, Shauva, ¡avergüénzate! Te pones ahí y me haces una pregunta, y no hay nada más seductor que una pregunta. Como si fueras una mujer, por ejemplo, la Núnova, esa mala pécora, y me enseñaras el muslo como la Núnova y me preguntaras qué puedo hacer, me pica el muslo. ¿Es inocente eso que ella hace? No. Yo capturo liebres, pero tú capturas hombres. Un hombre está hecho a la imagen de Dios, pero una liebre no, eso lo sabes. Yo seré un comeliebre, pero tú eres un comehombres, Shauva, y Dios juzgará al respecto. Shauva, vete a casa y arrepíentete. No, espera, quizá tenga algo para ti. (*Mira al FUGITIVO, que está allí temblando*). No, nada, no hay nada. Vete a casa y arrepíentete. (*Le cierra la puerta en las narices. Al FUGITIVO*). Ahora te extrañas, ¿eh? De que no te haya entregado. Pero a ese animal de policía no le podría entregar ni una chincheta, me repugna. No tiembles delante de un policía. Tan viejo y tan cobarde. Acaba de comerte el queso, pero como un hombre pobre; si no, te cogerán. ¿Tengo que enseñarte también cómo se comporta un hombre pobre? (*Lo obliga a sentarse y le vuelve a dar el pedazo de queso*). Este cajón es la mesa. Pon los codos sobre la mesa y rodea ahora el queso con las manos como si en cualquier momento te lo pudieran arrebatar. ¿Cómo podrías estar seguro? Coge el cuchillo como si fuera una hoz demasiado pequeña y no lo mires con tanta avidez, sino más bien con preocupación, porque ya está desapareciendo, como todo lo hermoso. (*Lo mira*). Te persiguen, y eso habla en tu favor, pero ¿cómo puedo saber que no se equivocan contigo? En Tiflis ahorcaron una vez a un terrateniente, un turco. Hubiera podido demostrarles que cortaba en cuatro a sus campesinos y no sólo en dos, como es la costumbre, y les exprimía el doble de impuestos que los otros. Su celo estaba por encima de toda sospecha, y sin embargo lo ahorcaron como a un criminal, sólo porque era turco, de lo que él no tenía la culpa... una injusticia. Fue al patíbulo aunque tenía tan poco que ver como Poncio Pilatos con el credo. En pocas palabras: no me fío de ti.

EL CANTOR.—Así dio Azdak al mendigo alojamiento aquella noche. Supo que era el Gran Duque en persona, el estrangulador. Tuvo vergüenza, se denunció a sí mismo y ordenó al policía que lo llevara a Nuja, ante el tribunal, para ser juzgado.

(*En el patio del juzgado hay TRES CORACEROS bebiendo. De una columna cuelga un hombre con toga. Entra AZDAK, encadenado y arrastrando a SHAUVA*).

AZDAK.—(*Grita*). ¡He ayudado a huir al Gran Duque, el gran ladrón, el gran estrangulador! ¡Pido que se me condene severamente en juicio público, en nombre de la justicia!

EL PRIMER CORACERO.—¿Quién es ese tío tan raro?

SHAUVA.—Es nuestro amanuense Azdak.

AZDAK.—¡Soy el despreciable, el traidor, el infrascrito! Deja constancia, pies planos, de que pido que se me lleve encadenado a la capital porque, por error, di albergue al Gran Duque, o sea, al Gran Sinvergüenza, como no descubrí hasta luego, por este documento que encontré en mi cabaña. (LOS CORACEROS estudian el documento. A SHAUVA). No saben leer. ¡Mirad, el infrascrito se acusa a sí mismo! Deja constancia de que le he obligado a caminar detrás de mí la mitad de la noche, para que todo se aclare.

SHAUVA.—Todo con amenazas, eso no está bien por tu parte, Azdak.

AZDAK.—Cierra el pico, Shauva, de esto no entiendes. Llega una nueva era que caerá sobre ti con rayos y truenos, estás listo, los policías serán eliminados, pfft. Todo será investigado, descubierto. Es mejor que uno mismo se entregue, ¿por qué? Porque no se puede escapar del pueblo. Deja constancia de cómo gritaba yo por la calle de los Zapateros. (*Vuelve a hacerlo con grandes ademanes, mirando de reojo a los coraceros*). «¡He dejado escapar al Gran Sinvergüenza por ignorancia, hacedme pedazos, hermanos!». Para adelantarme a todo.

EL PRIMER CORACERO.—¿Y qué te respondieron?

SHAUVA.—Lo consolaron en la calle de los Matarifes y se partieron de risa en la de los Zapateros, y eso fue todo.

AZDAK.—Pero con vosotros será distinto, lo sé, sois de hierro. Hermanos, ¿dónde está el juez? Tiene que interrogarme...

EL PRIMER CORACERO.—(*Señala al ahorcado*). Ahí está el juez. Y deja de llamarnos hermanos, que esta noche tenemos el oído sensible.

AZDAK.—«¡Ahí está el juez!». Esa es una respuesta que nunca se habría oído en Georgia. Ciudadanos, ¿dónde está Su Excelencia, el Señor Gobernador? (*Señala el patíbulo*). Ahí está Su Excelencia, extranjero. ¿Dónde está el recaudador superior de impuestos? ¿El preboste de reclutamiento? ¿El patriarca? ¿El jefe de policía? Ahí, ahí, ahí, todos ahí. Hermanos, eso es lo que esperaba de vosotros.

EL SEGUNDO CORACERO.—¡Alto ahí! ¿Qué esperabas de nosotros, pajarraco?

AZDAK.—Lo que pasó en Persia, hermanos, lo que pasó en Persia.

EL SEGUNDO CORACERO.—¿Y qué fue lo que pasó en Persia?

AZDAK.—Hace cuarenta años, ahorcados todos. Visires, recaudadores de impuestos. Mi abuelo, un hombre notable, lo vio. Durante tres días, por todas partes.

EL SEGUNDO CORACERO.—¿Y quién gobernó cuando colgaron al Visir?

AZDAK.—Un campesino.

EL SEGUNDO CORACERO.—¿Y quién mandaba el Ejército?

AZDAK.—Un soldado, un soldado.

EL SEGUNDO CORACERO.—¿Y quién pagaba los salarios?

AZDAK.—Un tintorero, un tintorero pagaba los salarios.

EL SEGUNDO CORACERO.—¿No era tal vez un tejedor de alfombras?

EL PRIMER CORACERO.—¿Y por qué pasó todo eso, tú, persa?

AZDAK.—¿Qué por qué pasó todo eso? ¿Hace falta un motivo especial?

¿Por qué te rascas tú, hermano? ¡La guerra! ¡Una guerra demasiado larga! ¡Y ninguna justicia! Mi abuelo nos trajo una canción que decía cómo fueron allí las cosas. Yo y mi amigo, el policía, os la cantaremos. (A SHAUVA). Y agarra fuerte la cuerda, porque viene a cuento.

(Canta. SHAUVA lo tiene sujeto con la cuerda).

¿Por qué no se desangran ya nuestros hijos, ni lloran nuestras hijas?

¿Por qué sólo corre la sangre de las reses en el matadero?

¿Por qué sólo lloran al amanecer los sauces del lago Urmi?

El gran rey quiere tener una nueva provincia, el campesino tiene que dar el dinero de su leche.

Para conquistar el techo del mundo se derriban los techos de las cabañas.

Nuestros hombres se desplazan a los cuatro puntos cardinales para que los de arriba puedan festejar en sus casas.

Los soldados se matan entre sí, los señores se saludan entre sí.

Muerden la moneda de los impuestos de la viuda, para ver si es auténtica. Las espadas se quiebran.

La batalla se ha perdido, pero los yelmos están pagados.

¿Es así? ¿Es así?

SHAUVA.—Sí, sí, sí, sí, sí, es así.

AZDAK.—¿No queréis oír el final?

(EL PRIMER CORACERO asiente).

EL SEGUNDO CORACERO.—(Al POLICÍA). ¿Te enseñó él la canción?

SHAUVA.—Sí, sólo que no tengo buena voz.

EL SEGUNDO CORACERO.—No. (A AZDAK). Tú sigue cantando.

AZDAK.—La segunda estrofa trata de la paz. (Canta).

Las oficinas están llenas, los funcionarios se sientan hasta en la calle.

Los ríos desbordan las orillas y devastan los campos.

Los que no saben bajarse solos los pantalones gobiernan imperios.

No saben contar hasta cuatro, pero devoran ocho platos. Los cultivadores de maíz buscan clientes pero sólo ven hambrientos.

Los tejedores dejan los telares vestidos de harapos. ¿Es así? ¿Es así?

SHAUVA.—Sí, sí, sí, sí, sí, es así.

AZDAK.—Por eso no se desangran ya nuestros hijos ni lloran nuestras hijas.

Por eso sólo corre la sangre de las reses en el matadero.

Y lloran sólo al amanecer los sauces del lago Urmi.

EL PRIMER CORACERO.—(Tras una pausa). ¿Vas a cantar esa canción en la ciudad?

AZDAK.—¿Qué hay de malo en ello?

EL PRIMER CORACERO.—¿Ves ese resplandor rojo de ahí? (AZDAK mira a su alrededor. En el cielo se ve el resplandor del incendio). Eso es el suburbio.

Cuando el Príncipe Kazbeki hizo cortar la cabeza esa mañana al Gobernador Abashvili, nuestros tejedores de alfombras se contagiaron también de la «enfermedad persa» y se preguntaron si el Príncipe Kazbeki no comía demasiados platos. Y este mediodía colgaron al juez municipal. Sin embargo, nosotros, los machacamos a dos piastras por tejedor, ¿comprendes?

AZDAK.—(Tras una pausa). Comprendo.

(Los mira con temor y se escurre hacia un costado, sentándose luego en el suelo con la cabeza entre las manos).

EL PRIMER CORACERO.—(Después de haber bebido todos, al TERCERO). Atención a lo que va a venir.

(EL PRIMERO y EL SEGUNDO CORACEROS se dirigen a AZDAK y le cierran el paso).

SHAUVA.—No creo que sea realmente una persona, señores. Roba alguna gallina, y de vez en cuando quizás una liebre.

EL SEGUNDO CORACERO.—(Se dirige hacia AZDAK). Has venido a pescar en río revuelto, ¿eh?

AZDAK.—(Levanta la vista hacia él). No sé por qué he venido.

EL SEGUNDO CORACERO.—¿Eres uno de éstos que se solidarizan con los tejedores? (AZDAK niega con la cabeza). ¿Y qué pasa con esa canción?

AZDAK.—La sé de mi abuelo. Un hombre tonto e ignorante.

EL SEGUNDO CORACERO.—Eso es. ¿Y qué pasa con el tintorero que pagaba los salarios?

AZDAK.—Eso fue en Persia.

EL PRIMER CORACERO.—¿Y con tu autoacusación de no haber ahorcado al Gran Duque con tus propias manos?

AZDAK.—¿No os dije que lo había dejado escapar?

SHAUVA.—Yo soy testigo. Lo dejó escapar.

(LOS CORACEROS arrastran al vociferante AZDAK hasta el patíbulo. Luego lo sueltan y se ríen a carcajadas. AZDAK se une a sus risas y es el que ríe más fuerte. Luego lo sueltan. Todos empiezan a beber. Entra EL PRÍNCIPE OBESO con un joven).

EL PRIMER CORACERO.—(A AZDAK). Ahí llega la nueva era.

(Nuevas risas).

EL PRÍNCIPE OBESO.—¿Qué motivo hay para reírse, amigos? Permitidme unas palabras en serio. Los príncipes de Georgia derribaron en la mañana de ayer al gobierno amante de la guerra del Gran Duque y eliminaron a sus Gobernadores. Por desgracia, el Gran Duque pudo escapar. En esa hora decisiva, nuestros tejedores, esos eternos revoltosos, se atrevieron a organizar un levantamiento y ahorcaron a nuestro querido Ilo Orbeliani, juez municipal estimado por todos. Ts, ts, ts. Amigos, necesitamos paz, paz, paz en Georgia. ¡Y justicia! Aquí os traigo a mi querido Bizergan Kazbeki, mi sobrino, un hombre dotado, que sería el nuevo juez. Y ahora digo: que el pueblo decida.

EL PRIMER CORACERO.—¿Eso quiere decir que vamos a elegir el juez?

EL PRÍNCIPE OBESO.—Así es. El pueblo elegirá a un hombre dotado. Discutidlo, amigos. (Mientras LOS CORACEROS juntan sus cabezas). Estate tranquilo, zorrillo, el puesto es tuyo. Y cuando trinquemos al Gran Duque no necesitaremos lamerle el culo a esta pandilla.

LOS CORACEROS.—(Entre sí). Están cagados porque todavía no han trincado al Gran Duque.

—Eso se lo tenemos que agradecer a ese amanuense, que lo dejó escapar.

—Todavía no se sienten seguros, y de ahí esos «amigos» y «que el pueblo decida».

—Ahora quieren incluso justicia para Georgia.

—Pero las prisas son las prisas, y aquí hay mucha prisa.

—Vamos a preguntarle al amanuense, que lo sabe todo sobre la justicia. Eh, tunante...

AZDAK.—¿Es a mí?

EL PRIMER CORACERO.—(Continuando). ... ¿querrías a ese sobrino por juez?

AZDAK.—¿Me preguntáis a mí? ¿No me estaréis preguntando a mí, verdad?

EL SEGUNDO CORACERO.—¿Por qué no? ¡De lo que se trata es de reírse!

AZDAK.—Entiendo que queráis ponerlo a prueba. ¿Tengo razón? ¿No tendríais algún criminal, alguno espabilado, para que el candidato demostrara lo que sabe hacer?

EL TERCER CORACERO.—Vamos a ver. Tenemos a los dos médicos de la cerda del Gobernador. Podemos utilizarlos.

AZDAK.—Alto ahí, eso no vale. No podéis utilizar verdaderos criminales hasta que el juez haya sido nombrado. Puede ser un cabestro, pero hay que nombrarlo, porque de otro modo se viola el Derecho, que es algo muy delicado, algo así como el bazo, al que nunca hay que dar puñetazos, porque se puede producir la muerte. Podéis colgar a esos dos y el Derecho no resultará nunca lesionado, porque no habrá ningún juez. El Derecho hay que aplicarlo siempre con toda seriedad, es tan tonto... Cuando, por ejemplo, uno condena a una mujer que ha robado un pan de maíz para su hijo, y no lleva la toga puesta o se rasca durante el juicio, de forma que deja al descubierto más de un tercio, es decir, cuando se rasca el muslo, la sentencia es un escándalo y el Derecho queda lesionado. Antes podrían dictar sentencia una toga y un bonete de juez que un juez sin bonete ni toga. El Derecho desaparece en un tris si no se tiene cuidado. No probaríais una jarra de vino dándosela a beber a un perro, ¿por qué? Porque el vino habría desaparecido.

EL PRIMER CORACERO.—Entonces, ¿qué propones, sabihondo?

AZDAK.—Yo haré de acusado. Y sé también de qué clase. (Les dice algo al oído).

EL PRIMER CORACERO.—¿Tú?

(Todos se ríen a carcajadas).

EL PRÍNCIPE OBESO.—¿Qué habéis decidido?

EL PRIMER CORACERO.—Hemos decidido hacer una prueba. Este amigo nuestro hará de acusado, y aquí hay una silla para el candidato a juez.

EL PRÍNCIPE OBESO.—Es algo insólito, pero ¿por qué no? (A su SOBRINO). Es una formalidad, zorrillo. ¿Qué has aprendido tú? ¿Quién llega primero: el que corre despacio o el que corre deprisa?

EL SOBRINO.—El que no hace ruido, tío Arsen.

(EL SOBRINO se sienta en la silla. EL PRÍNCIPE OBESO se coloca detrás. LOS CORACEROS se sientan en la escalera y AZDAK entra con el paso inconfundible del Gran Duque).

AZDAK.—¿Hay alguien aquí que me conozca? Soy el Gran Duque.

EL PRÍNCIPE OBESO.—¿Quién es?

EL SEGUNDO CORACERO.—El Gran Duque. Lo conoce de veras.

EL PRÍNCIPE OBESO.—Está bien.
 EL PRIMER CORACERO.—Que empiece el juicio.
 AZDAK.—Me dicen que se me acusa de provocar guerras. Ridículo. Digo que ridículo. ¿Basta con eso? Por si no basta, he traído abogados, creo que quinientos. (*Señala hacia atrás, haciendo como si hubiera muchos abogados detrás de él*). Necesito todos los asientos disponibles de la sala de abogados.

(LOS CORACEROS *se ríen*, y EL PRÍNCIPE OBESO *se ríe también*).

EL SOBRINO.—(A LOS CORACEROS). ¿Queréis que me ocupe del caso? Tengo que decir que lo encuentro al menos tanto insólito, quiero decir desde el punto de vista del buen gusto.

EL PRIMER CORACERO.—Adelante.

EL PRÍNCIPE OBESO.—(*Riéndose*). Dale lo suyo, zorrillo.

EL SOBRINO.—Muy bien. El pueblo de Georgia contra el Gran Duque. ¿Tiene algo que alegar, acusado?

AZDAK.—Muchísimas cosas. Naturalmente, he leído que la guerra se ha perdido. En su momento, declaré la guerra por consejo de patriotas como el tío Kazbeki. Pido que el tío Kazbeki comparezca como testigo. (LOS CORACEROS *se ríen*).

EL PRÍNCIPE OBESO.—(A LOS CRIADOS, *campechano*). ¿Qué tío, eh?

EL SOBRINO.—Rechazada la solicitud. Naturalmente, no puede ser acusado de haber declarado una guerra, lo que todo gobernante hace de vez en cuando, sino de haberla dirigido mal.

AZDAK.—Bobadas. No la dirigí en absoluto. Dejé que la dirigieran. Dejé que la dirigieran los príncipes. Y, naturalmente, la echaron a perder.

EL SOBRINO.—¿Acaso niega haber tenido el mando supremo?

AZDAK.—De ningún modo. Siempre he tenido mando supremo. Ya al nacer, bronca a la nodriza. Educado para soltar la caca en el retrete. Acostumbrado a mandar. Siempre he ordenado a los funcionarios que robaran de mis fondos. Oficiales apalean a culpables sólo cuando yo lo ordeno; terratenientes duermen con mujeres de campesinos sólo cuando lo ordeno estrictamente. Tío Kazbeki tiene barriga sólo por orden mía.

LOS CORACEROS.—(*Aplauden*). Es estupendo.

—¡Viva el Gran Duque!

EL PRÍNCIPE OBESO.—Zorrillo, ¡respóndele! Estoy contigo.

EL SOBRINO.—Le responderé, y de acuerdo con la dignidad de este tribunal. Acusado, respete la dignidad del tribunal.

AZDAK.—De acuerdo. Le ordeno continuar el interrogatorio.

EL SOBRINO.—A mí no tiene que ordenarme nada. ¿Afirma, pues, que sus principios lo obligaron a declarar la guerra? ¿Cómo puede decir entonces que fueron los principios los que echaron a perder la guerra?

AZDAK.—No enviar suficiente gente, malversar dinero, llevar caballos enfermos, borrachos en burdeles cuando los ataques. Solicito como testigo al tío Kazs.

(LOS CORACEROS *se ríen*).

EL SOBRINO.—¿Pretende hacer la monstruosa afirmación de que los príncipes no lucharon por este país?

AZDAK.—No. Los príncipes lucharon. Lucharon por conseguir contratos de suministros de guerra.

EL PRÍNCIPE OBESO.—Esto es demasiado. Este tipo habla como un vendedor de alfombras.

AZDAK.—¿De veras? ¡Sólo estoy diciendo la verdad!

EL PRÍNCIPE OBESO.—¡Que lo ahorquen! ¡Que lo ahorquen!

EL PRIMER CORACERO.—Calma, calma. Seguid, Alteza.

EL SOBRINO.—¡Silencio! Voy a dictar ahora sentencia: deben ser ahorcados. Por el cuello. Han perdido la guerra. Se ha dictado sentencia. Irrevocable. ¡Que se lo lleven!

EL PRÍNCIPE OBESO.—(*Histérico*). ¡Que se lo lleven! ¡Que se lo lleven! ¡Que se lo lleven!

AZDAK.—Joven, le recomiendo seriamente que no incurra en público en esa forma de hablar cortante y entrecortada. No podrá ser empleado como perro guardián si aúlla como un lobo, ¿entendido?

EL PRÍNCIPE OBESO.—¡Que lo ahorquen!

AZDAK.—Si la gente se da cuenta de que los príncipes hablan el mismo lenguaje que el Gran Duque, ahorcarán al Gran Duque y a los príncipes. Por lo demás, anulo la sentencia. Motivo: guerra perdida, pero no para los príncipes. Príncipes han ganado guerra. Se han hecho pagar tres millones ochocientos sesenta y tres mil piastras por caballos no suministrados.

EL PRÍNCIPE OBESO.—¡Que lo ahorquen!

AZDAK.—Ocho millones doscientas cuarenta mil piastras por abastecimiento de tropas no realizado.

EL PRÍNCIPE OBESO.—¡Que lo ahorquen!

AZDAK.—Son, por tanto, vencedores. Guerra perdida sólo para Georgia, tal como se nos presenta en el proceso.

EL PRÍNCIPE OBESO.—Creo que basta, amigos. (A AZDAK). Puedes retirarte, carne de horca. (A LOS CORACEROS). Creo que ahora podéis confirmar al nuevo juez, amigos.

EL PRIMER CORACERO.—Sí, podemos. Baja la toga. (UNO DE LOS CORACEROS *se sube a los hombros de otro y le quita al ahorcado la toga*). Y ahora (AL SOBRINO), quítate tú, para que se siente el culo que es en el asiento que es. (A AZDAK). Adelántate y dirígete hacia ese asiento. (AZDAK *tutubea*). Siéntate, hombre. (LOS CORACEROS *llevan a AZDAK a la silla*).

Siempre ha sido juez un pillito, de manera que ahora será un pillito juez. (*Le ponen la toga y, en la cabeza, una funda de paja de botella*). ¡Mirad qué juez!

EL CANTOR.—Y el país estaba en guerra civil, los gobernantes inseguros.

Y Azdak fue nombrado juez por los coraceros.

Y Azdak fue dos años juez.

EL CANTOR CON SUS MÚSICOS.—Cuando estalló el gran incendio y en las ciudades corría la sangre

Del abismo salieron arañas y cucarachas.

Ante la puerta del palacio un carnicero, ante el altar un impío

Y Azdak llevaba la toga de magistrado.

(AZDAK está sentado en el tribunal, pelando una manzana.

SHAUVA está barriendo el local con una escoba. A un lado UN INVÁLIDO

en silla de ruedas, EL MÉDICO acusado y UN COJO vestido de

harapos. Al otro lado UN JOVEN, acusado de chantaje. UN CORACERO

hace guardia con el estandarte de los coraceros).

AZDAK.—Habida cuenta de los muchos casos, el tribunal conocerá hoy de dos asuntos al mismo tiempo. Antes de empezar, un pequeño anuncio: ¡Recibo! (*Alarga la mano. Sólo EL CHANTAJISTA saca dinero y le da*). Me reservo el derecho de sancionar a una de las partes aquí presentes (*Mira al INVÁLIDO*) por desacato al tribunal. (*Al MÉDICO*). Tú eres médico, y tú (*Al INVÁLIDO*) te has querellado contra él. ¿Tiene la culpa el médico de tu estado?

EL INVÁLIDO.—Sí señor. Me dio un ataque por su culpa.

AZDAK.—Eso sería negligencia profesional.

EL INVÁLIDO.—Más que negligencia. Le presté a ese hombre dinero para sus estudios. Nunca me ha devuelto nada y, cuando supe que atendía a sus pacientes gratuitamente, me dio un ataque.

AZDAK.—Con razón. (*Al COJO*). ¿Y tú qué haces aquí?

EL COJO.—Soy el paciente, Señoría.

AZDAK.—¿Te curó la pierna?

EL COJO.—No la que era. Tenía reuma en la izquierda, pero me operó la derecha, y por eso cojeo ahora.

AZDAK.—¿Y eso fue gratis?

EL INVÁLIDO.—¡Una operación de quinientas piastras gratis! Por nada. Por un «Dios se lo pague». ¡Y yo que le pagué a ese hombre los estudios! (*Al MÉDICO*). ¿Te enseñaron en la Facultad a operar por nada?

EL MÉDICO.—Señoría, de hecho es costumbre cobrar los honorarios antes de una operación, porque el paciente, antes de ella, paga de mejor gana que después, lo que es humanamente comprensible. En el presente caso, cuando me puse a operar, creía que mi criado había recibido ya los honorarios. En eso me engañé.

EL INVÁLIDO.—¡Se engañó! ¡Un buen médico no se engaña nunca. Investiga antes de operar.

AZDAK.—Eso es verdad. (*A SHAUVA*). ¿Y de qué se trata en el otro caso, señor fiscal?

SHAUVA.—(*Barriendo con celo*). Chantaje.

EL CHANTAJISTA.—Alto Tribunal, soy inocente. Sólo quise saber del terrateniente en cuestión si realmente había violado a su sobrina. Él me explicó muy amablemente que no, y me dio el dinero sólo para que mi tío pudiera estudiar música.

AZDAK.—¡Ajá! (*Al MÉDICO*). Tú en cambio, doctor, no puedes alegar ninguna circunstancia atenuante en tu descargo, ¿eh?

EL MÉDICO.—Todo lo más, que errar es humano.

AZDAK.—¿Y tú sabes que un buen médico tiene que tener conciencia de su responsabilidad cuando se trata de asuntos de dinero? He oído hablar de un médico que sacó por un dedo dislocado mil piastras, porque descubrió que tenía algo que ver con la circulación, de lo que un mal médico quizá no se hubiera dado cuenta, y que otra vez, mediante un tratamiento cuidadoso, convirtió una vesícula biliar corriente en una mina de oro. No tienes disculpa, doctor. El comerciante en granos Uxu hace que su hijo estudie medicina para que aprenda el comercio, así de buenas son nuestras facultades de medicina. ¿Cómo se llama ese terrateniente?

SHAUVA.—No desea ser nombrado.

AZDAK.—Dictaré sentencia. El Tribunal considera probado el chantaje, y a ti (*Al INVÁLIDO*) se te condena a mil piastras de multa. Si tienes otro ataque, el médico tendrá que tratarte y, en su caso, amputarte gratis lo que sea. (*Al COJO*). Tú recibirás como indemnización una botella de aguardiente. (*Al CHANTAJISTA*). Tú tendrás que pagar la mitad de tus honorarios al fiscal, para que el tribunal calle el nombre del terrateniente, y además se te aconseja que estudies medicina, porque tienes cualidades para esa profesión. Y a ti, médico, se te absuelve de tu imperdonable error profesional. ¡Los siguientes casos!

EL CANTOR CON SUS MÚSICOS.—Ay, lo sensato no es barato y lo caro no es descaro

Derecho es dar gato por liebre.

Por eso quiero un tercero que nos refrene y ordene

Lo que hace Azdak con fiebre.

(*De un caravanserrallo de la carretera militar sale AZDAK, seguido del POSADERO, un anciano de larga barba. Detrás, EL CRIADO y SHAUVA llevan la silla del juez. UN CORACERO se cuadra, con el estandarte de los coraceros*).

AZDAK.—Dejadla ahí. Aquí hay por lo menos brisa y un poco de aroma de los limoneros de otro lado. Es bueno administrar justicia al aire libre. El viento levanta las faldas y se ve lo que hay debajo. Shauva, hemos comido demasiado. Estos viajes de inspección resultan cansados. (Al POSADERO). ¿Se trata de tu nuera?

EL POSADERO.—Señoría, se trata del honor familiar. Presento querrela en nombre de mi hijo, que está por negocios al otro lado de las montañas. Éste es el criado que ha faltado y ésta de aquí es mi infortunada nuera.

(Entra LA NUERA, mujer exuberante. Lleva velo).

AZDAK.—(Se sienta). Recibo. (EL POSADERO, suspirando, le da dinero). Bueno, con eso se han cumplido las formalidades. ¿Se trata de una violación?

EL POSADERO.—Señoría, sorprendí a éste en el establo, en el momento en que nuestra Ludovika estaba ya echada en la paja.

AZDAK.—Muy bien, en el establo. Magníficos caballos. Me ha gustado especialmente un caballito bayo.

EL POSADERO.—Naturalmente, poniéndome en el lugar de mi hijo, interrogué inmediatamente a Ludovika.

AZDAK.—(Serio). Decía que me ha gustado.

EL POSADERO.—(Frio). ¿De veras?... Ludovika me confesó que el criado se había acostado con ella en contra de su voluntad.

AZDAK.—Quítate el velo, Ludovika. (Ella lo hace). Ludovika, al tribunal le gustas. Cuenta cómo ocurrió.

LUDOVKA.—(Como si recitase). Cuando entré en el establo para ver al nuevo potrillo, él dijo inesperadamente: «Qué calor hace hoy» y me puso la mano en el pecho izquierdo. Yo le dije: «No haga eso», pero él siguió tocándome indecentemente, lo que provocó mi furia. Antes de que pudiera adivinar su intención pecaminosa, se me acercó demasiado. Ya había ocurrido todo cuando mi suegro entró y, por error, comenzó a darme patadas.

EL POSADERO.—(Explicándolo). Poniéndome en el lugar de mi hijo.

AZDAK.—(Al criado). ¿Reconoces que empezaste tú?

EL CRIADO.—Sí, señor.

AZDAK.—Ludovika, ¿te gustan los dulces?

LUDOVKA.—Sí, y las semillas de girasol.

AZDAK.—¿Te gusta estar mucho rato sentada en la tina de baño?

LUDOVKA.—Media hora o cosa así.

AZDAK.—Señor fiscal, deja tu cuchillo ahí en el suelo. (SHAUVA lo hace).

Ludovika, vete ahí y coge el cuchillo del fiscal.

(LUDOVKA se dirige al cuchillo contoneándose y lo recoge).

AZDAK.—(La señala con el dedo). ¿Veis eso? ¿Cómo se menea? Queda descubierta la parte culpable. La violación ha sido demostrada. Por comer demasiado, especialmente dulces, por estar mucho tiempo en agua tibia, por tu pereza y una piel demasiado suave, has violado a este pobre hombre. ¿Crees que puedes andar por ahí con ese trasero y salir bien librada del tribunal? Se trata de un ataque premeditado con arma peligrosa. Se te condena a entregar al tribunal el caballito bayo que suele montar tu suegro poniéndose en el lugar de su hijo, y a ir ahora conmigo al establo, a fin de que el tribunal pueda inspeccionar el lugar de los hechos, Ludovika.

(Por la carretera militar de Georgia, sus CORACEROS llevan a AZDAK en su silla de juez, de pueblo en pueblo. Detrás van SHAUVA, que arrastra el patíbulo, y EL CRIADO, que conduce al caballito bayo).

EL CANTOR CON SUS MÚSICOS.—Cuando arriba disputaban, los de abajo no pagaban

Cual relojes que marcasen su tictac.

Y las rutas retorcidas, con sus pesos y medidas

Recorría el juez del pobre, el juez Azdak.

Confiscaba los caudales y los daba a sus iguales

Y en los pueblos más pequeños él montaba su vivac.

Protegido por maleantes iba el juez de los tunantes

Recorriendo toda Georgia, el juez Azdak.

(La pequeña comitiva se aleja).

Cuando vayas al vecino, aunque seas campesino

Lleva el hacha por si hay que hacer ric-rac.

Para qué argumentos magros si un buen hacha hace milagros

Y en milagros cree siempre el juez Azdak.

(La silla de juez de AZDAK está en medio de una taberna. TRES GRANDES PROPIETARIOS comparecen ante Azdak, a quien SHAUVA sirve vino. En un rincón hay UNA VIEJA campesina. Bajo la puerta abierta y fuera, los habitantes del pueblo como espectadores. UN CORACERO hace guardia con el estandarte de los coraceros).

AZDAK.—Tiene la palabra el señor fiscal.

SHAUVA.—Se trata de una vaca. La acusada tiene desde hace cinco semanas en su establo una vaca que pertenece al gran propietario Suru. Fue descubierta también en posesión de un jamón robado, y al gran propietario Shuteff le mataron algunas vacas cuando exigió a la acusada el pago del arrendamiento de un campo.

LOS GRANDES PROPIETARIOS.—Se trata de mi jamón, Señoría.

—Se trata de mi vaca, Señoría.

—Se trata de mi campo, Señoría.

AZDAK.—Madrecita, ¿qué tienes que decir a eso?

LA VIEJA.—Señoría, hace cinco semanas llamaron de noche a mi puerta, hacia la madrugada, y fuera había un hombre con barba y una vaca, que me dijo: «Querida mujer, soy el milagroso San Banditus y, como tu hijo cayó en la guerra, te traigo esta vaca como recuerdo. Cuidala bien».

LOS GRANDES PROPIETARIOS.—¡El bandido Irakli, Señoría!

—¡Su cuñado, Señoría! ¡El ladrón de ganado, el incendiario!

—¡Habría que cortarle la cabeza!

(Fuera se oye gritar a una mujer. La multitud se inquieta y retrocede. Entra EL BANDIDO IRAKLI con un hacha gigantesca).

—¡Irakli! *(Se santiguan).*

EL BANDIDO.—¡Muy buenas tardes, queridos amigos! ¡Un vaso de vino!
AZDAK.—Señor fiscal, una jarra de vino para nuestro huésped. ¿Quién eres tú?

EL BANDIDO.—Soy un ermitaño errante, Señoría, y os agradezco vuestra gentileza. *(Se bebe el vaso que SHAUVA le ha traído).* Otro.

AZDAK.—Yo soy Azdak. *(Se pone de pie y le hace una reverencia, y EL BANDIDO se la hace a él también).* El tribunal da la bienvenida al ermitaño extranjero. Sigue contando, madrecita.

LA VIEJA.—Señoría, la primera noche no sabía aún que San Banditus podía hacer milagros, fue sólo la vaca. Pero, unos días más tarde, llegaron por la noche los criados del gran propietario y quisieron llevarse otra vez la vaca. Entonces se dieron la vuelta ante mi puerta y regresaron sin la vaca, y en la cabeza les salieron chichones como puños. Así supe que San Banditus les había tocado el corazón, convirtiéndolos en personas amables.

(EL BANDIDO se ríe a carcajadas).

EL PRIMER GRAN PROPIETARIO.—Yo sé qué fue lo que les tocó.

AZDAK.—Está bien. Nos lo dirá más tarde. ¡Sigue!

LA VIEJA.—Señoría, el siguiente que se convirtió en buena persona fue el gran propietario Shuteff, un diablo, como todo el mundo sabe. Pero San Banditus hizo que me perdonase el arrendamiento del pequeño campo.

EL SEGUNDO GRAN PROPIETARIO.—Porque me mataron mis vacas en el campo a cuchilladas.

(EL BANDIDO se ríe).

LA VIEJA.—*(A una señal de AZDAK).* Y luego, una mañana entró el jamón volando por la ventana. Me dio en los riñones y todavía cojeo, vea, Señoría. *(Da unos pasos. EL BANDIDO se ríe).* Y yo os pregunto, Señoría: ¿cuándo ha ocurrido que una pobre vieja reciba un jamón, si no es por un milagro?

(EL BANDIDO empieza a sollozar).

AZDAK.—*(Llevantándose de su silla).* Madrecita, esa pregunta ha llegado al corazón de este tribunal. Ten la bondad de sentarte. *(LA VIEJA se sienta titubeando en la silla del juez. AZDAK se sienta en el suelo, con su vaso de vino).*

Madrecita, por poco te llamo Madre Georgia la dolorosa
La expoliada, cuyos hijos están en la guerra
La tratada a puñetazos, la esperanzada
La que llora cuando le dan una vaca
La que se extraña cuando no la golpean.
¡Madrecita, ten piedad de nosotros, los condenados!

(Gritándoles a LOS GRANDES PROPIETARIOS). ¡Confesad que no creéis en milagros, impíos! Se os condena a cada uno a quinientas piastras de multa, por impiedad. ¡Fuera! *(LOS GRANDES PROPIETARIOS se van furtivamente).* Y tú, madrecita, y tú, hombre piadoso, vaciad una jarra de vino con el fiscal y Azdak.

EL CANTOR Y SUS MÚSICOS.—E impartía la justicia como cosa alimenticia
Y llevaba hasta su orilla a la gente más sencilla.
Y los pobres y humillados comprendían encantados
Que podían sobornar por nada al juez Azdak.

Setecientos veinte días realizó sus correrías
Resolviendo, bien o mal, de igual a igual.
En su silla y con su horca, masticando una mazorca.
Impartía su Derecho retorcido el juez Azdak.

EL CANTOR.—Entonces terminaron los tiempos del desorden, y el Gran Duque regresó
Regresó la mujer del Gobernador, hubo un proceso
Muchos hombres murieron, ardió otra vez el suburbio y tuvo miedo
Azdak.

(La silla de AZDAK está otra vez en el patio del tribunal. AZDAK está sentado en el suelo, remendándose un zapato y hablando con SHAUVA. Se oyen ruidos fuera. Por detrás del muro llevan la cabeza del príncipe obeso en una pica).

AZDAK.—Shauva, los días de tu servidumbre están contados, quizás incluso los minutos. Te he sujetado el mayor tiempo posible con el freno de hierro de la razón, que ha hecho sangrar tu boca, te he azotado con las razones de la razón y te he maltratado con la lógica. Eres por naturaleza un hombre débil y cuando se te arroja astutamente un argumento tienes que devorarlo con ansia, no te puedes contener. Por naturaleza, tienes que lamer la mano de algún superior, pero pueden ser superiores muy distintos, y ahora vendrá tu liberación y pronto podrás seguir otra vez tus impulsos, que son bajos, y tu instinto infalible que te dice que tienes que plantar las gruesas suelas de tus zapatos en el rostro de la gente. Porque los tiempos de la confusión y del desorden han pasado, y no han venido los grandes tiempos descritos en la canción del caos, que vamos a cantar otra vez, en recuerdo de esos tiempos maravillosos; siéntate y no desentones. No tengas miedo, se puede cantar muy bien y tiene un estribillo popular. *(Canta)*.

Hermana, cubre tu cabeza; hermano, coge tu cuchillo, los tiempos se han desquiciado.

Los grandes se lamentan y los humildes se regocijan.

La ciudad dice: Expulsemos a los poderosos.

Irrumpen en las oficinas, destruyen las listas de siervos.

Atan a los señores a la piedra del molino, los que nunca vieron el sol, han salido al día.

Los cepillos de ébano de las iglesias son destrozados, con nobles maderas de Sesnem se hacen camas.

Quien no tenía pan, tiene graneros; quien recogía las sobras del grano, las distribuye ahora.

SHAUVA.—Oh, oh, oh, oh.

AZDAK.—¿Dónde estás, general? Por favor, por favor, por favor, pon orden.

El hijo del noble no es ya reconocible: el hijo de la señora es el hijo de su esclava.

Los concejales buscan refugio en los graneros; quien apenas podía ir contra un muro se repantiga ahora en la cama.

Quien antes remaba en un bote tiene ahora buques; aunque su propietario los mire, no son ya suyos.

Cinco hombres acompañaban a sus señores. Ahora dicen: Seguid solos el camino, nosotros ya hemos llegado.

SHAUVA.—Oh, oh, oh, oh.

AZDAK.—¿Dónde estás, general? Por favor, por favor, por favor, pon orden.

Sí, a eso hubiéramos llegado casi si el orden hubiera sido desculdado por más tiempo. Pero ahora ha vuelto a la capital el Gran Du-

que, a quien yo, por burro, salvé la vida, y los persas le han dejado un ejército para que ponga orden. Los suburbios están ardiendo ya. Tráeme ese libro gordo en el que me siento siempre. *(SHAUVA trae de la silla del juez el libro, que AZDAK abre)*. Éste es el código, y yo lo he utilizado siempre, de eso eres testigo.

SHAUVA.—Sí, para sentarte encima.

AZDAK.—Lo mejor será que consulte ahora lo que me pueden hacer. El haber hecho la vista gorda con los que no tienen nada me costará caro. He ayudado a los pobres a ponerse en pie sobre sus delgadas piernas, y eso me lo reprocharán por borracho; he mirado los bolsillos de los ricos y eso es falso testimonio. Y no puedo esconderme en parte alguna, porque todos me conocen, ya que he ayudado a todos.

SHAUVA.—Alguien llega.

AZDAK.—*(Poniéndose en pie agitado, se dirige vacilando hacia la silla)*. Se acabó. Pero no le daré a nadie el gusto de mostrar grandeza de alma. Te pido piedad de rodillas, no te vayas ahora, se me cae la baba. Me da miedo morir.

(Entra Natela Abashvili, LA MUJER DEL GOBERNADOR, con EL AYUDANTE y UN CORACERO).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¿Qué clase de individuo es éste, Shalva?

AZDAK.—Uno complaciente, Señoría. Uno que está a vuestro servicio.

EL AYUDANTE.—Natela Abashvili, la mujer del difunto Gobernador acaba de regresar y busca a su hijo de dos años, Michel Abashvili. Ha tenido noticias de que su hijo fue llevado a las montañas por una antigua sirvienta.

AZDAK.—Lo encontraremos, Excelencia, a vuestras órdenes.

EL AYUDANTE.—Al parecer, esa persona pretende que es su hijo.

AZDAK.—Se le cortará la cabeza, Excelencia, a vuestras órdenes.

EL AYUDANTE.—Eso es todo.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—*(Al salir)*. Ese hombre no me gusta.

AZDAK.—*(Acompañándola hasta la puerta, con una profunda reverencia)*.

Todo será resuelto, Excelencia. A vuestras órdenes.

6

EL CÍRCULO DE TIZA

EL CANTOR.—Oíd ahora la historia del proceso del hijo del Gobernador Abashvili

Con la determinación de la madre verdadera

Mediante la famosa prueba del círculo de tiza.

(Patio del tribunal en Nuja. LOS CORACEROS entran con MICHEL y lo llevan a través del patio hasta el fondo. Un coracero contiene a GRUSHE, con la pica contra la puerta, hasta que se llevan al niño. Luego la dejan entrar. Con ella está LA COCINERA de la servidumbre del ex Gobernador Abashvili. Estrépito y resplandor de incendios en la lejanía).

GRUSHE.—Es valiente, ya sabe lavarse solo.

LA COCINERA.—Tienes suerte, porque no es un verdadero juez, sino Azdak. Es un borracho y no entiende nada, y los mayores ladrones han sido puestos en libertad por él. Como lo confunde todo y los ricos no lo sobornan a menudo lo suficiente, los nuestros salen muchas veces ganando.

GRUSHE.—Hoy necesito tener suerte.

LA COCINERA.—Toca madera. (Se santigua). Creo que lo mejor será que rece un rosario aún, para que el juez esté borracho. (Reza en silencio moviendo los labios, mientras GRUSHE, inútilmente, busca al niño con la vista). Lo que no comprendo es por qué quieres conservarlo con tanta fuerza, si no es tuyo, en estos tiempos.

GRUSHE.—Es mío: yo lo he criado.

LA COCINERA.—¿Nunca pensaste en lo que ocurriría si ella regresaba?

GRUSHE.—Al principio pensaba que se lo devolvería, pero luego pensé que ella no volvería.

LA COCINERA.—Y una falda prestada también abriga, ¿no? (GRUSHE asiente). Juraré lo que tú quieras, porque eres una persona decente. (Repite de memoria). Lo tenía a mi cuidado, por cinco piastras, y Grushe lo recogió el Domingo de Pascua por la noche, cuando se produjeron los disturbios. (Ve al soldado JAJAVA, que se aproxima). Pero con Simon te has portado mal, he hablado con él y no puede entenderlo.

GRUSHE.—(Que no lo ve). No puedo ocuparme ahora de ese hombre, que no quiere comprender.

LA COCINERA.—Ha comprendido que el niño no es tuyo, pero que estés casada y no puedas ser libre hasta que la muerte te separe, eso no lo comprende.

(GRUSHE ve a JAJAVA y lo saluda).

SIMON.—(Sombrío). Quisiera comunicar a la señora que estoy dispuesto a jurarlo. El padre del niño soy yo.

GRUSHE.—(En voz baja). Está bien, Simon.

SIMON.—Al mismo tiempo, quisiera comunicarle que por ello no quedo obligado a nada, y la señora tampoco.

LA COCINERA.—Eso resulta innecesario. Ella está casada y lo sabes.

SIMON.—Eso es asunto suyo y no hace falta refregarlo.

(Entran dos CORACEROS).

LOS CORACEROS.—¿Dónde está el juez?

—¿Ha visto alguien al juez?

GRUSHE.—(Que se ha vuelto y se ha tapado la cara). Ponte delante. No hubiera debido venir a Nuja. Si aparece el coracero al que golpeé en la cabeza...

UNO DE LOS CORACEROS.—(Que ha traído al niño, se adelanta). El juez no está aquí.

(LOS DOS CORACEROS siguen buscando).

LA COCINERA.—Esperemos que no le haya pasado nada. Con otro tendrías menos posibilidades que dientes tiene una gallina.

(Entra OTRO CORACERO).

EL CORACERO.—(Que ha preguntado por el juez, le informa). Sólo hay dos viejas y un niño. El juez se ha largado.

EL OTRO CORACERO.—¡Seguid buscando!

(LOS DOS CORACEROS primeros salen deprisa, EL TERCERO se queda. GRUSHE grita. El coracero se da la vuelta. Es EL CABO, y tiene una gran cicatriz que le cruza el rostro).

EL CORACERO.—(Desde la puerta). ¿Qué pasa, Shotta? ¿La conoces?

EL CABO.—(Después de mirar a GRUSHE lago rato). No.

EL CORACERO.—(Desde la puerta). Al parecer, les robó el hijo a los Abashvili. Si sabes algo del asunto puedes hacer un montón de dinero, Shotta.

(EL CABO sale maldiciendo).

LA COCINERA.—¿Era él? (GRUSHE asiente). Creo que cerrará el pico. Si no, tendría que reconocer que persiguió al niño.

GRUSHE.—(Aliviada). Casi se me había olvidado ya que salvé al niño de esos...

(Entra LA MUJER DEL GOBERNADOR con los ayudantes y DOS ABOGADOS).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Gracias a Dios, por lo menos no hay tanta gente. No puedo soportar su olor, me da dolor de cabeza.

EL PRIMER ABOGADO.—Por favor, señora. Sea usted tan prudente como pueda con lo que dice, hasta que tengamos otro juez.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Pero si no he dicho nada, Ilo Shuboladze. Me gusta el pueblo y su buen juicio, sencillo y recto, sólo es su olor lo que me da dolor de cabeza.

EL SEGUNDO ABOGADO.—Apenas habrá espectadores. La mayor parte de la población ha cerrado sus puertas a causa de los alborotos del suburbio.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¿Es ésa?

EL PRIMER ABOGADO.—Le ruego, señora Natela Abashvili, que se abstenga de toda clase de invectivas hasta que estemos seguros de que el Gran Duque ha nombrado al nuevo juez y nos hemos librado del actual juez en funciones, que es posiblemente lo más innoble que se ha visto nunca con toga de juez. Y las cosas parecen estarse ya moviendo, mire.

(Entran en el patio CORACEROS).

LA COCINERA.—La señora te tiraría de los pelos si no supiera que Azdak es defensor de los pobres. Y que actúa según le caen las personas.

(DOS CORACEROS han comenzado a atar una cuerda a la columna. Luego traen a AZDAK encadenado. Detrás de él, también encadenado, SHAUVA. Detrás, LOS TRES GRANDES PROPIETARIOS).

UN CORACERO.—¿Querías escaparte, eh? *(Golpea a AZDAK).*

UN GRAN PROPIETARIO.—¡Quitadle la toga antes de ahorcarlo!

(LOS CORACEROS y LOS GRANDES PROPIETARIOS le quitan a AZDAK la toga. Queda a la vista su ropa anterior andrajosa. Luego uno le da un empujón).

EL CORACERO.—*(Se lo arroja a otro).* ¿Quieres un montón de justicia? ¡Ahí va!

(Entre gritos de «¡Cógelo!» y «¡No lo quiero!», se arrojan unos a otros a AZDAK, hasta que él se derrumba, y entonces lo levantan y lo colocan bajo la horca).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—*(Que durante ese «juego de pelota» ha aplaudido histéricamente).* Ese hombre me ha sido antipático desde el primer momento.

AZDAK.—*(Cubierto de sangre y jadeante).* No puedo ver nada, dadme un trapo.

EL OTRO CORACERO.—¿Qué quieres ver?

AZDAK.—A vosotros, perros. *(Se limpia con la camisa la sangre de los ojos).* ¡Dios os guarde, perros! ¿Cómo estáis, perros? ¿Qué pasa en el mundo de los perros, apesta bien? ¿Otra vez hay botas que lamer? ¿Os destrozáis otra vez a mordiscos, perros?

(Han entrado UN JINETE CUBIERTO DE POLVO y EL CABO. Ha sacado documentos de un saco de cuero y los ha leído. Ahora interviene).

EL JINETE CUBIERTO DE POLVO.—Alto ahí, aquí está el despacho del Gran Duque sobre los nuevos nombramientos.

EL CABO.—*(Ruge).* ¡Silencio!

(Todos guardan silencio).

EL JINETE CUBIERTO DE POLVO.—Sobre el nuevo juez dice: «Nombramos a un hombre a quien se debe la salvación de una vida sumamente importante para el país, un tal Azdak, de Nuja». ¿Quién es?

SHAUVA.—*(Señalando a AZDAK).* Ése que está bajo la horca, Excelencia.

EL CABO.—*(Ruge).* ¿Qué está pasando aquí?

EL CORACERO.—Solicito la venia para informar de que Su Señoría era ya Su Señoría y, por denuncia de estos grandes propietarios, fue calificado de enemigo del Gran Duque.

EL CABO.—*(Señalando a LOS GRANDES PROPIETARIOS).* ¡Que se los lleven! *(Se los llevan, entre reverencias incansables).* Cuidad de que Su Señoría no vuelva a ser molestado. *(Sale con EL JINETE CUBIERTO DE POLVO).*

LA COCINERA.—*(A SHAUVA).* Ella ha aplaudido. Esperemos que la haya visto.

EL PRIMER ABOGADO.—Es una catástrofe.

(AZDAK se ha desmayado. Lo levantan, vuelve en sí, le ponen la toga y se dirige vacilando hacia el grupo de CORACEROS).

LOS CORACEROS.—¡No lo toméis a mal, Señoría!

—¿Qué desea Su Señoría?

AZDAK.—Nada, hermanos perros. Si acaso, alguna bota para lamer. *(A SHAUVA).* Te indulto. *(Le quitan las cadenas).* Tráeme tinto del dulce. *(Sale SHAUVA).* Desapareced, tengo que juzgar un asunto. *(Salen LOS CORACEROS. Vuelve SHAUVA con la jarra de vino. AZDAK bebe copiosamente).* ¡Algo para mis nalgas! *(SHAUVA trae el código y lo pone en la silla del juez. AZDAK se sienta).* ¡Recibo! *(Los rostros de los demandantes, entre los que se produce un preocupado cambio de impresiones, muestran una sonrisa de alivio. Hay un cuchicheo).*

LA COCINERA.—Ay, Dios.

SIMON.—«Un pozo no se llena con rocío», según dicen.

LOS ABOGADOS.—*(Se acercan a AZDAK, que los mira ansioso).*

—Un asunto totalmente ridículo, Señoría.

—La parte contraria secuestró al niño y se niega a devolverlo.

AZDAK.—*(Les alarga la mano abierta, mirando a GRUSHE).* Una persona muy atractiva. *(Recibe más).* Declaro abierto el juicio y exijo la verdad más estricta. *(A GRUSHE).* Especialmente de ti.

EL PRIMER ABOGADO.—¡Alto Tribunal! La sangre, dice el dicho popular, es más espesa que el agua. Esa vieja sabiduría popular...

AZDAK.—El tribunal debe saber cuáles son los honorarios del abogado.

EL PRIMER ABOGADO.—(Asombrado). ¿Cómo dice? (AZDAK se frota amigablemente índice y pulgar). ¡Ah! Quinientas piastras, Señoría, para responder a la insólita pregunta del tribunal.

AZDAK.—¿Habéis oído? La pregunta es insólita. La hago porque lo escucharé de forma muy distinta si sé que es usted bueno.

EL PRIMER ABOGADO.—(Se inclina). Gracias, Señoría. ¡Alto Tribunal! Los lazos de sangre son los más fuertes. Madre e hijo, ¿existe alguna relación más íntima? ¿Se puede arrebatar un hijo a su madre? ¡Alto Tribunal! Hasta la feroz tigresa, cuando le roban sus cachorros, vaga por los montes sin descanso, convertida en una sombra. La Naturaleza misma...

AZDAK.—(Interrumpiéndolo, a GRUSHE). ¿Qué puedes responder a eso y a todo lo que el señor abogado va a decir aún?

GRUSHE.—Que el niño es mío.

AZDAK.—¿Eso es todo? Espero que puedas probarlo. En cualquier caso, te exhorto a que me digas por qué crees que debo darte el niño.

GRUSHE.—Yo lo crié a ciencia y a conciencia, y siempre encontré algo de comer para él. La mayor parte del tiempo ha tenido un techo sobre su cabeza y he sufrido por su causa toda clase de adversidades. Nunca tuve en cuenta mi comodidad. He enseñado al niño a ser amable con todos y, desde el principio, a trabajar en lo que pueda, porque todavía es pequeño.

EL PRIMER ABOGADO.—Señoría, resulta significativo que esa mujer no haga valer ningún vínculo de sangre entre ella y el niño.

AZDAK.—El Tribunal toma nota de ello.

EL PRIMER ABOGADO.—Gracias, Señoría. Permitid que una madre agobiada, que perdió ya a su esposo y que ahora teme también perder a su hijo, os dirija unas palabras. Señora Natela Abashvili...

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—(En voz baja). Señor, un destino sumamente cruel me obliga a pedirlos que me devolváis a mi hijo. No soy yo quien debe describiros los tormentos del alma de una madre despojada, los miedos, las noches de insomnio, los...

EL SEGUNDO ABOGADO.—(Interrumpiéndola bruscamente). Es inaudito cómo se trata a esta mujer. Se le prohíbe la entrada en el palacio de su marido, se le niegan las rentas de sus bienes, se le dice fríamente que depende del heredero, que no puede hacer nada sin el niño, ¡ni siquiera puede pagar a sus abogados! (Al PRIMER ABOGADO, que, desesperado por el exabrupto, le hace gestos frenéticos para que se calle). Mi querido Ilo Shuboladze, ¿por qué no decir que, en definitiva, se trata de los bienes de los Abashvili?

EL PRIMER ABOGADO.—¡Por favor, estimado Sandro Oboladze! Habíamos convenido... (A AZDAK). Naturalmente, el resultado del proceso decidirá también si nuestra distinguida cliente podrá disponer de los muy cuantiosos bienes de los Abashvili, pero he dicho deliberadamente «también», es decir, ante todo está la tragedia humana de una madre, como ha dicho ella con razón al comenzar sus conmovedoras declaraciones. ¡Aunque Michel Abashvili no fuera el heredero de esos bienes, seguiría siendo el hijo adorado de mi cliente!

AZDAK.—¡Alto ahí! El Tribunal considera la mención de los bienes como prueba de humanidad.

EL SEGUNDO ABOGADO.—Gracias, Señoría. Mi querido Ilo Shuboladze, en cualquier caso podemos demostrar que la mujer que se apropió del niño ¡no es su madre! Permitidme que exponga al Tribunal los hechos escuetos. Por una desgraciada serie de circunstancias, el niño Michel Abashvili quedó atrás cuando huyó su madre. La llamada Grushe, fregona del palacio, estaba presente ese Domingo de Pascua y fue vista cuando se afanaba alrededor del niño...

LA COCINERA.—¡La señora sólo pensaba en qué vestidos llevarse!

EL SEGUNDO ABOGADO.—(Impasible). Aproximadamente un año después, la llamada Grushe apareció en un pueblo de la montaña y contrajo matrimonio con un...

AZDAK.—¿Cómo llegaste a ese pueblo de la montaña?

GRUSHE.—A pie, Señoría, y el niño era mío.

SIMON.—Yo soy el padre, Señoría.

LA COCINERA.—El niño estaba a mi cuidado, Señoría, por cinco piastras.

SEGUNDO ABOGADO.—Ese hombre es el prometido de Grushe, Alto Tribunal, y por ello su declaración no es digna de crédito.

AZDAK.—¿Eres tú quien se casó con ella en el pueblo?

SIMON.—No, Señoría, ella se casó con un campesino.

AZDAK.—(Haciéndole señas a GRUSHE para que se acerque). ¿Por qué? (Señalando a SIMON). ¿No vale nada en la cama? Di la verdad.

GRUSHE.—A eso no hemos llegado. Me casé por el niño. Para que tuviera un techo sobre su cabeza. (Señalando a SIMON). Él estaba en la guerra, Señoría.

AZDAK.—Y ahora él quiere volver contigo, ¿no?

SIMON.—Quisiera dejar constancia en acta de que...

GRUSHE.—(Furiosa). Ya no soy libre, Señoría.

AZDAK.—¿Y ese niño, según dices, procede de la prostitución? (GRUSHE no responde). Te estoy haciendo una pregunta: ¿qué clase de niño es? ¿Un andrajoso bastardo de la calle o un niño fino, de familia acomodada?

GRUSHE.—(Enfadada). Un niño corriente.

AZDAK.—Quiero decir: ¿mostró pronto rasgos de refinamiento?

GRUSHE.—Mostró una nariz en medio de la cara.

AZDAK.—Mostró una nariz en medio de la cara. Eso lo considero como una respuesta importante. Se dice de mí que, antes de dictar un fallo, salgo a oler un ramo de rosas. Son recursos que hoy resultan necesarios. Ahora voy a abreviar sin oír más mentiras vuestras (A GRUSHE), especialmente las tuyas. Puedo imaginarme todo lo que vosotros (Al grupo de ABOGADOS) habéis tramado para ciscaros en mí, os conozco. Sois unos farsantes.

GRUSHE.—(De pronto). ¡Ya lo creo que vais a abreviar, después de lo que habéis recibido!

AZDAK.—Cierra el pico. ¿Acaso he recibido algo de ti?

GRUSHE.—(Aunque LA COCINERA trata de contenerla). Porque no tengo nada.

AZDAK.—Exactamente. De los muertos de hambre no recibo nada, porque si no, me moriría de hambre. Queréis justicia, pero ¿estáis dispuestos a pagarla? Cuando vais al carnicero sabéis que tendréis que pagar, pero al juez vais como a un festín de duelo.

SIMON.—(En voz alta). «Cuando vinieron a herrar el caballo, alargó la pata el tábano».

AZDAK.—(Aceptando de buena gana el desafío). «Vale más un tesoro en la letrina que una piedra en el manantial».

SIMON.—«Hermoso día, ¿vamos a pescar?, dijo el pescador al gusano».

AZDAK.—«Soy mi propio dueño, dijo el criado cortándose una pierna».

SIMON.—«Os quiero como un padre, dijo el zar a los campesinos, y ordenó decapitar al zarévich».

AZDAK.—«No hay peor enemigo de un necio que él mismo».

SIMON.—Pero «¡Un cuesco no tiene nariz!».

AZDAK.—Diez piastras de multa por utilizar lenguaje indecente ante el tribunal, para que aprendas lo que es justicia.

GRUSHE.—Bonita justicia. A nosotros nos vuelves locos porque no sabemos hablar tan finamente como ésa y sus abogados.

AZDAK.—Así es. Sois demasiado tontos. Y es justo que os den en la cresta.

GRUSHE.—¡Porque quieres darle el niño a ésa, que es demasiado fina para haber sabido nunca cómo cambiarle los pañales! Tú sabes de justicia lo mismo que yo, para que te enteres.

AZDAK.—En eso tienes algo de razón. Soy un hombre ignorante, ni siquiera llevo unos calzoncillos largos debajo de la toga, mira. Todo se me va en comer y beber, me eduqué en un convento. Por lo demás, te multo con diez piastras por insulto al tribunal. Y además eres una persona totalmente tonta, que se mete conmigo en lugar de hacerme ojitos y menear un poco el trasero para conquistar mi benevolencia. Veinte piastras.

GRUSHE.—Aunque sean treinta, te voy a decir lo que pienso de tu justicia, cebollón borracho. ¿Cómo puedes atreverte a hablar conmigo como si fueras Isaías salido de la vidriera de la iglesia, como un señor? Cuando te sacaron de tu madre, no estaba previsto que le darías en

los dedos si robabas en algún lado un platito de guisantes y ¿no te da vergüenza verme temblando ante ti? Pero tú te has convertido en su criado, para que no les quiten las casas que robaron. ¿Desde cuándo pertenecen las casas a las chinches? Sin embargo, tú vigilas, porque de otro modo no podrían arrastrar a nuestros hombres a la guerra, eres un vendido. (AZDAK se ha levantado. Está radiante. Golpea en la mesa con su martillito, sin convicción, como para imponer silencio, pero cuando continúan los improperios de GRUSHE, se limita a llevar el compás). No siento el menor respeto por ti. No más que ante un ladrón y un salteador con un cuchillo que hace lo que quiere. Puedes quitarme al niño, cien contra uno, pero te voy a decir una cosa: para una profesión como la tuya habría que elegir sólo a corruptores de menores y usureros, como castigo, para que tuvieran que juzgar a sus semejantes, lo que es peor que colgar de una horca.

AZDAK.—(Se sienta). Ahora son treinta, y no voy a pelearme más contigo como si estuviéramos en una taberna, ¿adónde iría a parar mi dignidad de juez? He perdido todo interés por tu caso. ¿Dónde están los dos que había que divorciar? (A SHAUVA). Hazlos entrar. Suspendo esta vista por un cuarto de hora.

EL PRIMER ABOGADO.—(Mientras sale SHAUVA). Si no alegamos nada más, tenemos la sentencia en el saco, señora.

LA COCINERA.—(A GRUSHE). Te has puesto a mal con él. Ahora te quitará el niño.

(Entra UN MATRIMONIO muy viejo).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Shalva, mi frasco de sales.

AZDAK.—¡Recibo! (LOS VIEJOS no comprenden). Me dicen que queréis divorciaros. ¿Cuánto tiempo lleváis viviendo juntos?

LA VIEJA.—Cuarenta años, Señoría.

AZDAK.—¿Y por qué queréis divorciaros?

EL VIEJO.—Porque no nos caemos bien, Señoría.

AZDAK.—¿Desde cuándo?

LA VIEJA.—Desde siempre, Señoría.

AZDAK.—Meditaré en vuestro caso y dictaré mi fallo cuando haya acabado con el otro asunto. (SHAUVA se los lleva hacia el fondo). Necesito al niño. (Hace una señal a GRUSHE para que se acerque y se inclina hacia ella, sin hostilidad). He visto que te interesa la justicia. No creo que el niño sea tuyo pero, aunque fuera tuyo, mujer, ¿no querías que fuera rico? Sólo tendrías que decir que no es tuyo. E inmediatamente tendría un palacio y muchos caballos en sus establos y muchos mendigos a su puerta, muchos soldados a su servicio y muchos peticionarios en su corte, ¿no? ¿Qué me respondes? ¿No quieres que sea rico?

(GRUSHE guarda silencio).

EL CANTOR.—Oíd ahora lo que la chica, furiosa, pensaba pero no decía.
(Canta).

Si llevara zapatitos
Pisaría a los de abajo
Los llamaría malditos
Y reiría a destajo.

Ay, mucho pesa en el pecho
Tener corazón de piedra.
No me siento satisfecho
Porque hacer daño me arredra.

Podemos comer fiambre
Pero no olvidar a cientos
Debemos temer al hambre
Pero nunca a los hambrientos.

AZDAK.—Creo que te comprendo, mujer.

GRUSHE.—No lo entregaré. Yo fui quien lo crió y me conoce a mí.

(SHAUVA hace entrar al niño).

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¡Va andrajoso!

GRUSHE.—No es cierto. No me han dado tiempo para ponerle su camisa buena.

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—¡Estaba en una pocilga!

GRUSHE.—(Irritada). No soy una cerda, pero hay otras que sí lo son. ¿Dónde dejaste a tu niño?

LA MUJER DEL GOBERNADOR.—Te voy a dar lo que te mereces, ordinaria.
(Quiere precipitarse sobre GRUSHE, pero LOS ABOGADOS la contienen). ¡Es una criminal! ¡Debe ser azotada inmediatamente!

EL SEGUNDO ABOGADO.—(Le tapa la boca). ¡Señora Natela Abashvili! Me había prometido... Señoría, los nervios de la demandante...

AZDAK.—¡Demandante y demandada! El tribunal ha escuchado vuestro caso sin conseguir determinar con claridad quién es la verdadera madre de este niño. Yo, como juez, tengo el deber de buscar para él una madre. Haré una prueba. Shauva, coge un trozo de tiza. Traza un círculo en el suelo. (SHAUVA traza un círculo de tiza en el suelo). ¡Pon dentro al niño! (SHAUVA coloca a MICHEL, que sonrío a GRUSHE, dentro del círculo). ¡Demandante y demandada, colocaos junto al círculo, lados! (LA MUJER DEL GOBERNADOR y GRUSHE se colocan junto al círculo). Coged al niño de la mano. La verdadera madre tendrá fuerzas para sacarlo del círculo por su lado.

EL SEGUNDO ABOGADO.—(Deprisa). Alto Tribunal, me opongo a que el destino de los grandes bienes de los Abashvili, vinculados a un niño como heredero, dependa de un duelo tan dudoso. A ello se añade que mi demandante no tiene las mismas fuerzas que esa mujer, acostumbrada a los trabajos físicos.

AZDAK.—A mí me parece bien alimentada. ¡Tirad!

(LA MUJER DEL GOBERNADOR saca al niño del círculo por su lado.
GRUSHE lo ha soltado, quedándose de pie atónita).

EL PRIMER ABOGADO.—(Felicitando a LA MUJER DEL GOBERNADOR). ¿Qué había dicho yo? ¡Los lazos de sangre!

AZDAK.—(A GRUSHE). ¿Qué te ha pasado? No has tirado.

GRUSHE.—No lo he sujetado bien. (Corre hacia AZDAK). Señoría, retiro lo que he dicho contra vos, os pido perdón. Si pudiera conservarlo sólo hasta que él supiera todas las palabras. Sólo sabe algunas.

AZDAK.—¡No trates de influir en el tribunal! Me apuesto cualquier cosa a que tú misma no sabes más de veinte. Está bien, haré la prueba otra vez, para que sea definitiva. (LAS DOS MUJERES se colocan de nuevo). ¡Tirad!

(GRUSHE suelta otra vez al niño).

GRUSHE.—(Desesperada). ¡Yo lo crié! ¿Cómo voy a despedazarlo? ¡No puedo!

AZDAK.—(Se pone de pie). Y con ello, el tribunal ha comprobado quién es la verdadera madre. (A GRUSHE). Coge tu niño y llévatelo. Te aconsejo que no te quedes en la ciudad con él. (A LA MUJER DEL GOBERNADOR). Y tú, desaparece antes de que te condene por estafa. Los bienes se adjudican a la ciudad para hacer con ellos un jardín de infancia, que buena falta hace, y ordeno que lleve el nombre de «El jardín de Azdak». (LA MUJER DEL GOBERNADOR se ha desmayado y es transportada por EL AYUDANTE, mientras LOS ABOGADOS se han ido ya. GRUSHE sigue sin moverse. SHAUVA le lleva el niño). Porque voy a dejar la toga de juez, que me da demasiado calor. No quiero hacerme el héroe. Pero ahora os invito a un pequeño baile, ahí, en la pradera, como despedida. Ah, casi me olvidaba de algo con la borrachera. Concretamente, de que tengo que ocuparme de un divorcio. (Utilizando la silla de juez como mesa, escribe algo en un papel y se dispone a irse. Ha empezado una música de baile).

SHAUVA.—(Que ha leído el papel). Pero esto no está bien. No ha divorciado a los dos viejos, sino a Grushe de su marido.

AZDAK.—¿Me he equivocado de divorcio? Lo siento, pero las cosas se quedarán así; nunca me retracto, porque si no, no habría orden. En

compensación os invito a mi fiesta: para bailar seréis todavía suficientes. (A GRUSHE y SIMON). Y vosotros me debéis cuarenta piastras entre los dos.

SIMON.—(*Saca su bolsa*). Eso es barato, Señoría. Y muchísimas gracias.

AZDAK.—(*Se guarda el dinero*). Las voy a necesitar.

GRUSHE.—Lo mejor será que esta noche salgamos ya de la ciudad, ¿eh, Michel? (*Quiere poner al NIÑO sobre sus hombros*. A SIMON). ¿Te gusta?

SIMON.—(*Coge al NIÑO sobre sus propios hombros*). Comunico respetuosamente que me gusta.

GRUSHE.—Y ahora te diré una cosa: lo recogí porque me prometí ese Domingo de Pascua. De forma que es un hijo del amor. Michel, vamos a bailar.

(*Baila con MICHEL*. SIMON agarra a LA COCINERA y baila con ella. También los dos viejos bailan. AZDAK está absorto en sus pensamientos. Las parejas lo tapan pronto. De vez en cuando se le ve de nuevo, cada vez con menos frecuencia, a medida que van entrando más parejas en el baile).

EL CANTOR.—Y después de aquella noche Azdak desapareció y no se le vio más.

Pero el pueblo de Georgia no lo olvidó y siguió recordando

Mucho tiempo aún su época de juez, casi como una breve edad de oro de la justicia.

(*Las parejas se alejan bailando*. AZDAK ha desaparecido).

Y vosotros, que habéis oído la historia del círculo de tiza

Tened en cuenta la opinión de los ancianos:

Las cosas deben pertenecer a quien mejor pueda cuidarlas, o sea,

Los niños a las mujeres maternas, para que se críen bien

Los vehículos a los buenos conductores, para que sean bien conducidos

Y los valles a quienes los rieguan, para que produzcan frutos.

LOS DÍAS DE LA COMUNA¹

(*Die Tage der Commune*)

Colaboradora: R. BERLAU